

# SUMARIO

## ESTUDIOS

- **Penetrar en lo real para vivir desde dentro**  
Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ ..... 925
- **Vivir por fuera... sin olvidarse de vivir por dentro**  
Enrique SANZ-GIMÉNEZ-RICO, SJ ..... 937
- **Lo que la Navidad esconde**  
Dolores LÓPEZ GUZMÁN /  
José Manuel BURGUEÑO MUÑOZ ..... 949
- **La soledad... Donde la vida resuena**  
Patricia HEVIA COLOMAR ..... 961

## RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **El foro social de las migraciones de Quito,  
una experiencia de trabajo en red**  
Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla, SJ ..... 975

## «EL SACERDOTE Y...»

- **Sacerdocio y vida religiosa**  
José Ignacio GARCÍA JIMÉNEZ ..... 979

## LOS LIBROS

- **Recensiones** ..... 993
- **ÍNDICE GENERAL. TOMO 98 (2010)** ..... 1005

# PRESENTACIÓN

## **POR DENTRO Y POR FUERA**

Hace casi un año, la revista «Vida Nueva» (número 2.687) publicaba una colaboración de *José María Rodríguez Olaizola* titulada «Vivir por dentro», en la que, entre otras cosas, podía leerse: «Al acercarnos a otra Navidad, se me ocurre que, un año más, cabe la posibilidad de vivirla por fuera o también –y especialmente– por dentro. Por fuera es de algún modo inevitable, con toda la carga de celebraciones y dinámicas sociales que trae consigo. Pero la posibilidad de vivirla de otro modo es fascinante. Compartir el vértigo de un “Hágase”. Asomarse al misterio. Intuir la intemperie. Adorar la debilidad capaz de cambiar el mundo. Afrontar el mal, que también nos muerde por dentro. Celebrar la Vida».

A las puertas de una nueva Navidad, *Sal Terrae* quiere acercarse precisamente a ese binomio «vivir por dentro» / «vivir por fuera». Conscientes de que muchas de nuestras sociedades modernas están bombardeadas a diario y de múltiples maneras por infinidad de estímulos e invitaciones que tratan de atraer hacia sí nuestros deseos y dirigirlos a llevar una vida por «fuera» (viajar real y virtualmente con enorme rapidez, probar todo lo nuevo que existe, conocer superficialmente, etc.), proponemos cuatro colaboraciones que, teniendo todo lo anterior en cuenta, invitan a entender y vivir la complejidad del mencionado binomio.

Una de ellas es «Lo que la Navidad esconde», más orientada a este tiempo que próximamente vamos a vivir. *María Dolores López y José Manuel Burgueño* intentan responder a las preguntas: «¿cómo situar bien el “vivir por dentro” cuando la Navidad es una invitación a hacerlo hacia fuera? ¿A qué conduce la profundidad del hacerse carne en un mundo superficial?». Lo hacen mediante la referencia al oro, el incienso y la mirra, pistas que pueden colocarnos en la órbita de Dios, en quien descansa el sentido último de la Navidad. Una referencia, un camino, que «puede dar un nuevo aliento a los ritos y celebraciones navideñas y ligarlas a Dios, mostrando así que es posible una manera de vivir diferente que aporta anchura y profundidad».

El número se abre con el artículo de *Patxi Álvarez de los Mozos*, que pretende explicar y expresar en qué consiste «vivir por dentro» y «vivir por fuera». El recientemente nombrado «Secretario de Justicia Social y Ecología» de la Compañía de Jesús ofrece un primer apartado con las modernas seducciones por estímulos y las actuales amenazas por riesgos que caracterizan a muchos de nosotros. Y en un segundo momento presenta los potentes instrumentos de la espiritualidad ignaciana para confrontar las citadas seducciones y amenazas y para penetrar en nuestra historia y en el espíritu de solidaridad de nuestro mundo interior.

*Enrique Sanz Giménez-Rico* abre algunas páginas de la Biblia, no las únicas, donde podemos encontrar luz sobre el binomio de este número de *Sal Terrae*. En primer lugar, se acerca al conocido y muchas veces recordado libro del Eclesiastés (Qohelet), que insta a disfrutar de la vida en cuanto don de Dios y que invita a «vivir por dentro» para poder así «vivir por fuera». En segundo lugar, recuerda especialmente el comienzo y el final del evangelio de Marcos, donde Jesús aparece viviendo en sano equilibrio una vida por fuera (curaciones, encuentros, actividad) y una vida por dentro (encuentro con Dios, con el Misterio).

«La soledad... Donde la vida resuena», de *Patricia Hevia Colomar*, recuerda tantas y tan numerosas situaciones de nuestra vida que afectan a jóvenes y mayores y en las que, por estar caracterizadas y atravesadas por la soledad, no queda otro remedio que vivir por dentro. La autora sostiene que «la mayoría de las veces no elegimos vivir en soledad».

dad, pero sí está en nuestra mano decidir cómo queremos vivirla». Por eso, en su colaboración, tras presentar alguna de dichas situaciones y asomarse a personajes de la Sagrada Escritura que las iluminan, ofrece orientaciones para vivir «de la soledad padecida a la soledad abrazada», así como disposiciones para transitar nuestras soledades.



A los lectores y lectoras de *Sal Terrae*, nuestra cordial felicitación en esta nueva Navidad y nuestros mejores deseos para vivir este tiempo en la clave de este último número de 2010. Y, junto a ambos, nuestro agradecimiento por su constante y fecundo interés, que tanto apreciamos siempre. ¡Feliz Navidad y feliz 2011!

# ESTUDIOS

## ***Penetrar en lo real para vivir desde dentro***

Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ\*

### **Resumen**

El mundo actual nos acosa con infinidad de estímulos y nos amenaza con riesgos que escapan a nuestro control. Estímulos y riesgos nos empujan hacia una vida superficial y desentendida de la complejidad de nuestro tiempo. La espiritualidad ignaciana contiene potentes instrumentos para confrontar esta dinámica, ayudándonos a penetrar en nuestra historia y dejarnos movilizar por el espíritu de solidaridad que habita en nuestro interior. En particular, el conocimiento interno de la realidad, el discernimiento y el actuar compasivo son tres resortes propios de esta espiritualidad que contribuyen a que vivamos con hondura y compromiso en favor de un mundo más justo y más humano.

### **Abstract**

The world of today bombards us with endless stimuli and threatens us with hazards that we have no control over. Stimuli and hazards that steer us towards a superficial life, detached from the complexity of the time we live in. Ignatian spirituality is very well equipped to confront this dynamic, helping us delve into our history and aiming at leaving us mobilised by the spirit of solidarity that inhabits our core. Inner awareness of reality, discernment and acting compassionately in particular, are three typical mechanisms of this spirituality that contribute to us living with depth and commitment in favour of a more just and humane world.

---

\* Adjunto a la dirección de «Alboan». Bilbao. <patxialvarez@sjloyola.org>.

Hubo un tiempo en que el ser humano no abarcaba el mundo y se sentía completamente desbordado por él. El planeta contenía enormes áreas de tierra ignota, de extensión desconocida. La civilización había identificado sus confines, más allá de los cuales se prolongaba un espacio abierto a la imaginación y la aventura. De aquellas enormes regiones procedían amenazas informes y estremecedoras.

Aquella concepción del mundo se desvaneció definitivamente hace ya muchos años. Siglos de exploraciones y conquistas han ido empujando nuestro planeta, interconectándolo y abriendo en él vías de comunicación que conectan infinidad de puntos de la geografía física y humana. Lo remoto se ha hecho cada vez más cercano, impactando nuestra sensibilidad e influyendo en nuestras actitudes y conductas. Las tecnologías han precipitado aún más este proceso, extrayendo de él sus consecuencias más radicales y logrando que todo nos sea más inmediato.

Nuestra tierra es ahora mucho más chica. Nunca antes estuvimos tan informados de lo que sucedía en otras latitudes, ni nos sentimos tan próximos a los lejanos. Hace ya una década, los obispos franceses decían que en este tiempo sentíamos «la presencia del mundo entero en nuestras vidas»<sup>1</sup>. Una formulación con la que definían la globalización en su expresión sobre nuestras vidas. Tienen razón: el mundo entero se nos ha aproximado existencialmente.

Sin embargo, saber más de tantas realidades no nos ha hecho necesariamente más sabios. En muchos casos, nuestra relación con la realidad solo roza nuestra epidermis, sin llegar a interpelar a nuestras personas. De hecho, son varios los fenómenos que nos hacen estar más pendientes de todo lo que sucede y, paradójicamente y a la vez, más replegados sobre nosotros mismos en una vida superficial. En la actualidad, la superficialidad nos acecha por dos cauces: por el del incremento espectacular de los *estímulos externos* y por el del aumento de los *riesgos incontrolables*. A ellos nos referiremos en un primer momento del artículo.

De otra parte, la tradición cristiana, y más concretamente la ignaciana, nos invita a adentrarnos en lo profundo de lo real y auscultar el

---

1. COMMISSION JUSTICE ET PAIX – FRANCE, «Maîtriser la mondialisation»: *La Documentation Catholique* 81 (1999) 330.

trasfondo de las cosas. Nos llama a un conocimiento interno de las realidades, para comprometernos en ellas de un modo compasivo y activo. Dedicaremos un segundo apartado del artículo a esta invitación, destacando la llamada a la solidaridad que late en lo hondo de la realidad. Se trata de vivir más adentro, para servir mejor afuera.

## 1. Seducciones y amenazas

Estamos acosados por el bombardeo de estímulos que intentan seducir nuestro deseo y por las amenazas de un mundo que escapa a nuestro control. Seducciones y amenazas son las que en nuestros días están desplazándonos en dirección a una mayor superficialidad y un progresivo repliegue sobre nosotros mismos. Estamos tentados por unas y sitiados por otras. Ambas invaden nuestra intimidad, apropiándose de ella y configurando sus actitudes vitales.

### a) *Seducidos por estímulos*

Proliferan los grupos organizados que se alían para cautivar nuestra sensibilidad y canalizar nuestras conductas. Una maquinaria dotada de ingentes recursos está adiestrada para hacerse con nuestra atención, penetrar nuestros afectos e interferir sobre nuestros actos. La enorme industria de la *publicidad* solo tiene este objetivo, movilizándolo para ello la creatividad y las capacidades de equipos muy poderosos<sup>2</sup>.

De continuo somos asaltados por estímulos que se cuelan en nuestros monólogos interiores e interrumpen nuestras conversaciones. Se hacen con nuestros sueños y trazan veredas para que nuestra imaginación transite por ellas configurando nuestros deseos de futuro. Los sentidos, especialmente el de la vista, siempre ávidos de novedad y movimiento, no resisten las seducciones del embate, sucumbiendo una y otra vez a la incitación constante. Las imágenes se apoderan de nosotros desplazando nuestras elecciones conscientes y poniendo en su lugar mensajes subliminales que flirtean con nuestra voluntad.

---

2. Para un análisis lúcido sobre este fenómeno puede consultarse G. LIPOVETSKY, *La paradoja de la felicidad: ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Editorial Anagrama, Barcelona 2007.

El acoso surte efecto por el recurso a nuestros instintos más básicos de seguridad o bienestar, de placer o de reconocimiento. Al mismo tiempo, este asedio constante empuja a un modo de vida caracterizado por un hedonismo despreocupado y protegido<sup>3</sup>.

A su vez, los *líderes políticos* nos bombardean sin descanso con discursos de diseño, cuya insistencia termina convirtiendo en «naturales» las percepciones parciales estratégicamente planificadas en despachos privados. Los partidos son expertos en llevar a cabo esta transformación, mediante la machacona reiteración de elaborados eslóganes. Son capaces de demonizar el diálogo, de distorsionar la imagen del migrante o de estandarizar lo políticamente correcto. Llama la atención en este caso la escasez de argumentos. Basta el redoblado esfuerzo por decir una y otra vez lo mismo, hasta que el discurso cala por inundación.

Otra fuente de estímulos la constituyen los *medios de comunicación*, que están siempre ávidos de noticias y escándalos, prejuzgando el interés del ciudadano con estereotipos simples que terminan por modelar sus preferencias. Prima en ellos el interés lucrativo sobre su función social de informar cualificadamente sobre la realidad. Un interés que a veces los desplaza hacia una industria del entretenimiento que cabalga sin descanso sobre las cuestiones de actualidad. Solo así se entiende la inflación de espacios deportivos en todas las cadenas, disparatado y sobredimensionado.

Asimismo, sucede que las grandes agencias de noticias mundiales son las que dominan la generación de información, distorsionando los pesos de las distintas realidades del mundo. Consiguen hacer nuestros sus intereses. Silencian masacres, olvidan hambrunas, resaltan enfermedades del primer mundo, fijan sus críticas en ciertas instituciones, son ciegas a determinados desmanes... Se apoderan de nuestros ojos, que terminan por no ver más que a través de los suyos, hasta llegar a tener dificultad para desprenderse del sentir común que ellos promueven.

Por último, las nuevas tecnologías de la información han dado un vuelco sobre nuestras maneras de relacionarnos con el entorno, acele-

---

3. Son estos dos los rasgos con los que Javier Elzo y María Silvestre han calificado a nuestra sociedad a partir de numerosas encuestas acerca de los valores que exhibimos: J. ELZO – M. SILVESTRE (dirs), *Un individualismo placentero y protegido*, Universidad de Deusto, Bilbao 2010.



rando nuestro ritmo vital y nuestra impaciencia y deteriorando nuestra atención, para hacerla más dispersa y superficial. Vivimos con prisa, sin saber adónde corremos, con una sensación constante de agitación e insatisfacción.

*En suma*, el panorama actual está invadido por una infinidad de estímulos que nos acechan a cada paso, por la primacía de reflexiones ajenas y por un control importante de nuestros gustos e inclinaciones. Se trata de una perspectiva perturbadora, pues abre espacio a la enajenación personal en detrimento de la autonomía. Los individuos asediados por este modo compartido de vida revoloteamos con avidez alrededor de fuentes inmensas de estímulos que entretienen y marean, impidiéndonos una consideración sosegada de lo que sucede y de lo que nos sucede. No es extraño que abunden las personas que repiten preocupadas que no disponen de tiempo para lo esencial.

### ***b) Amenazados por riesgos***

El mismo racionalismo optimista de la modernidad que nos prometió progreso ha terminado sumiéndonos en la incertidumbre. La explotación de los recursos naturales que precisa nuestra tecnología está convirtiendo nuestro planeta en un lugar más inhóspito para el ser humano. La multiplicación de los desastres climatológicos naturales, el aumento global de la temperatura y la disminución de la diversidad de las especies encuentran un mismo origen en la actividad humana.

La ciencia económica, tantas veces arrogante y esotérica, ha caído estrepitosamente en una crisis de credibilidad. En los últimos años hemos comprobado que no era la previsión científica la que dominaba los mercados, sino la lógica de los juegos y el descontrol de ansiosos directivos financieros. El riesgo sobrevolaba las cabezas de todos, sin que nadie lo supiera.

Las fronteras de los Estados han dejado de ser una barrera infranqueable para las redes internacionales del crimen organizado o del ejercicio del terror. Esas organizaciones flexibles extienden sus brazos por el mundo, extrayendo enormes beneficios económicos, corrompiendo autoridades y gobiernos y desplegando una violencia que degrada la condición humana. No estamos libres de ellos, y constituyen una amenaza global que, a cada poco, salta como alarma inminente.

Son estos algunos de los riesgos reales, maleables e incontrolables a los que estamos expuestos, pero habría muchos más, hasta el punto de que sociólogos de renombre han hablado de que habitamos en una sociedad del riesgo<sup>4</sup>. Todos estos riesgos se derivan de la propia acción humana, pero en la actual configuración del mundo no sabemos a quién puede atribuirse la responsabilidad de su origen. Surgen como consecuencia de una concatenación de causas, en las que participa una multiplicidad de personas e instituciones, tal vez incluso nosotros mismos, sin apenas saberlo. Asimismo, cada día somos más conscientes de que nuestros gobiernos son incapaces, por sí mismos, de dar solución a estas problemáticas y a otras muchas. Solo una verdadera comunidad internacional de naciones podría hacerlo, pero este es un sueño difícil de alcanzar. El ciudadano de a pie demanda protección y no recibe la que desea.

### *c) Desencantados y despreocupados*

En estas condiciones, y desde la perspectiva de sabernos beneficiarios netos de esta situación, podemos permitirnos el lujo de adoptar una actitud descreída y desencantada. Una postura que desconfía de las instituciones y se despreocupa de lo público, exigente con los propios derechos y escasamente inclinada a asumir responsabilidades.

Nos distraemos así con ofertas de diversión y nos perdemos entre artículos de moda, viajes, aventuras, nuevas experiencias, lecturas, música, vídeos, juegos, deportes... olvidándonos de la complejidad de un mundo que nos da miedo. Anestesiados por los estímulos, habitamos una realidad recreada que incita a la huida de las amenazas ciudadanas, de las más cercanas y las más globales. De este modo, nos sumimos en un talante despreocupado y juguetón, celoso de los derechos y perezoso con los deberes, centrado en la propia realización y disfrute personal, que constituye una característica de nuestra época.

No sucedería lo mismo si nos fuera mal. La privación social llevaría a una mayor implicación en los problemas, movilizándonos socialmente y reivindicando la verdad esencial sobre la que vivimos, en un mundo marcadamente desigual y, por este motivo, profundamente injusto.

---

4. Así lo hace el reconocido sociólogo Ulrich BECK en su obra *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós Ibérica, Barcelona 2008.

Por todo ello, no resulta extraño que se hable del «declive de la ciudadanía»<sup>5</sup>. En este complejo mundo actual, las amenazas globales están llevando a un repliegue sobre las identidades de pertenencia primarias, sean culturales, nacionales o religiosas. En nuestras latitudes adquiere más bien la forma de un regreso a lo más cercano, la familia y los amigos. Repliegue distraído y arrebujado sobre un colchón cálido y amable.

Aunque no es esta una postura atribuible a todas las personas, sí se trata de una actitud ampliamente asumida, que coexiste con espíritus nobles, abiertos, solidarios y entregados, que constituyen la esperanza de nuestras sociedades.

*En definitiva*, el hecho es que nuestro mundo actual, con sus innumerables estímulos continuos y con la cada vez mayor conciencia de sus riesgos, favorece una forma de vivir superficial y acomodaticia. Urge quebrar la densidad de esta superficie y penetrar en nuestro interior para que brote de él una respuesta auténtica, limpia y solidaria. Es del propio corazón humano del que pueden surgir la bondad y la generosidad que nos habitan (Mc 7,19), fuente de liberación para un mundo maniatado.

## 2. Orientaciones ignacianas para vivir este tiempo

La tradición ignaciana, un manantial más del vasto caudal de la espiritualidad cristiana, ofrece algunas sugerencias propias para afrontar estos retos característicos de nuestro tiempo.

Es bien sabido que el camino ignaciano introduce en una senda de conocimiento interno de la realidad<sup>6</sup>: de la personal, del mundo y de la presencia divina. Se trata de un saber interior contemplativo que, lejos de sumir a la persona en una observación pasiva e indolente, la empuja a actuar compasivamente. La persona se suma a la actividad de la Trinidad<sup>7</sup>, que sigue invitándonos a suturar las grietas de este mundo que

---

5. Para una mejor comprensión de ese fenómeno puede consultarse V. CAMPS, *El declive de la ciudadanía*, Promoción Popular Cristiana, Madrid 2010.

6. Así titula Parmananda Divarkar su estudio sobre el libro de los Ejercicios de San Ignacio: P. DIVARKAR, *La senda del conocimiento interno*, Sal Terrae, Santander 1984.

7. Una actividad de «redención», tal como aparece en la Contemplación de la Encarnación del libro de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola (EE, 107).

degradan la humanidad y provocan sufrimiento. El puente que nos permite salvar la distancia entre la contemplación y el actuar solidario es el discernimiento. En lo que sigue, aclararemos un poco más estas tres propuestas ignacianas de conocimiento interno, de discernimiento y de compromiso solidario que pueden servirnos de guía en este tiempo.

### ***a) El conocimiento interno***

En el libro de los *Ejercicios Espirituales*, Ignacio de Loyola insiste al ejercitante en que pida conocimiento interno de varias cosas: de su propia realidad y de sus limitaciones y pecados (EE, 68), para poder así desanudar una libertad aprisionada; del Señor, para amarle y seguirle (EE, 104), una petición que acompaña prolongadamente al ejercitante; y de tanto bien recibido (EE, 233), para activar una respuesta agradecida y solidaria.

El conocimiento del que nos habla Ignacio es, por tanto, un saber profundo de mí mismo, de la historia y el mundo y del propio Dios. Un saber que no pretende ser exhaustivo<sup>8</sup>, sino sintético, afectivo y movilizador. Ignacio tiene razón: precisamos más conocimiento interno que superficial, más saber sintético que analítico, más implicación afectiva que curiosidad aséptica. Tenemos necesidad de síntesis sapienciales que den cuenta de nuestro mundo, para poder hacernos cargo de él<sup>9</sup>. Síntesis realizadas desde una mirada compasiva y teologal, que nos proporcionen lucidez ante la realidad. De esta manera podremos descubrir en ella las dinámicas de exclusión, extorsión y muerte, a fin de confrontarlas; y rescatar las corrientes de vida y liberación para comprometernos con ellas.

---

8. Porque «no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas internamente» (EE, 2).

9. P.-H. KOLVENBACH, *Conferencia en la Universidad de Santa Clara* (6 de octubre de 2000), en línea: [www.puj.edu.co/pedagogia/seminario/universidades\\_usa.doc](http://www.puj.edu.co/pedagogia/seminario/universidades_usa.doc) (Consulta el 10 de octubre de 2010): «...lo que está en juego es... un continuo poner en común los conocimientos de todos. Su intención es asimilar las experiencias y las intuiciones de las diferentes disciplinas en “una visión del conocimiento que, muy consciente de sus limitaciones, no se satisfaga con los fragmentos, sino que intente integrarlos dentro de una síntesis sabia y verdadera” de la realidad de nuestro mundo».

Ese conocimiento interno constituye una profundización contemplativa alcanzada tras una exploración detallada y rigurosa. No se logra sin el esfuerzo paciente por determinar los perfiles de la realidad, por buscar las causas de los fenómenos, sus consecuencias humanas... Es fiel a lo real. En tal sentido, no hay atajos, sino un rigor que ausculta honestamente lo real, esforzándose por librarlo de voluntarismos y proyecciones. Este celo por la precisión y la propiedad lo distancia de visiones angelicales de la realidad y lo hace respetuoso con ella.

Pero este tipo de conocimiento no se detiene en la examinación, sino que posteriormente lleva a cabo un balance sintético que incorpora la oración, los afectos y la opción preferencial por los seres humanos más vulnerables y por su dignidad. Es de ahí de donde brota un conocimiento valioso y profundo, una sabiduría que reúne lucidez y profecía.

Ejercitarse en este tipo de conocimiento va transformando a la persona, que cada vez aprende a mirar mejor la realidad: a mirarla como Dios la mira. De modo particular, trastoca su sensibilidad. Ve de otro modo, con sorpresa y admiración, apreciando posibilidades, descubriendo senderos de esperanza... No es raro, por ello, que Ignacio invite en los *Ejercicios Espirituales* a contemplar las escenas evangélicas con los cinco sentidos, para familiarizar nuestra sensibilidad con el gusto y el modo de la presencia divina.

Este conocimiento interno tiene una doble vertiente. Se refiere primero a uno mismo. El conocimiento de la propia persona, de sus heridas y virtudes, proporciona suelo firme para cualquier otro conocimiento. Cuando este es deficiente, el ego tiñe la percepción sin que nosotros nos demos cuenta, adhiriendo a ella intereses y apegos. Cuando sabemos de nosotros mismos, se abren paso la limpieza y la objetividad, la visión profética y aguda.

En segundo lugar, se refiere a las cosas y a la historia. A día de hoy, este conocimiento es complejo, ha de atender a infinidad de voces y detalles, habla de muchas miserias, desorienta y confunde... De este conocimiento huimos, como decíamos antes, pero es decisivo a la hora de dar una respuesta solidaria con algún fundamento.

Esta doble vertiente del conocimiento interno, cuando se realiza en clave de oración, genera también un conocimiento agradecido del Señor, presente y activo en nuestras vidas y en la historia. Al descubrirlo así, experimentamos la invitación a sumarnos gratuitamente a su creatividad y diligencia.

### ***b) Auscultar las resonancias afectivas interiores***

Con frecuencia llevamos dentro un amasijo de sentimientos y emociones al que no somos capaces de dar nombre, que nos domina y determina nuestras reacciones espontáneas y conductas elegidas. Ignacio de Loyola recibió un don especial para reconocer lo que sucedía en su interior, y su espiritualidad propone introducirse en ese mundo afectivo para proyectar luz sobre él.

Él creía que ese mundo emocional es el campo de batalla entre el Espíritu de Dios que dispone y moviliza y la resistencia del ser humano a dejarse hacer en generosidad y entrega. Pensaba que este es el espacio privilegiado para la acción de Dios sobre cada uno de nosotros, pero también el lugar donde nosotros nos revolvemos y sublevamos a su obrar, debido a nuestros miedos y apegos, que él llamaba «afecciones desordenadas» (EE, 1).

Ignacio denominó *discernimiento* a un ejercicio de introspección iluminado por la gracia, que clarifica las resonancias afectivas interiores e identifica tentativamente la voz de Dios en medio de ellas. A ese ejercicio de discernimiento le dedica una buena cantidad de reglas en el libro de los *Ejercicios*. No las examinaremos en este punto detenidamente, pero sí proporcionaremos sobre ellas algunos trazos gruesos que nos ayudarán a ir más adentro en nuestras vivencias y percepciones.

El discernimiento nos pide, en primer lugar, identificar los sentimientos básicos que la vida y sus propuestas producen en nosotros. Se trata aquí de mirarlos de frente y ser capaces de ponerles nombre<sup>10</sup>, sin caer en culpabilidades. Un segundo paso consistirá en saber de dónde proceden, esto es, detectar qué teclas interiores tocan y a qué resistencias propias, sueños, ilusiones o angustias... me remiten. Estos sentimientos muestran el eco que los acontecimientos generan en mi estructura de personalidad, en general, y en mi actual coyuntura, en particular. En tercer lugar, me corresponderá reconocer los obstáculos que se elevan en mi interior a las llamadas que brotan en mí cuando miro compasivamente la vida.

Es así como estaré preparado para dejar que me seduzcan las invitaciones de Dios y la fuerza que él me proporciona, en forma de entusiasmo,

---

10. Un ejercicio clave que todos los promotores de la «inteligencia emocional» proponen realizar.

luz, fortaleza, esperanza... o, como dice Ignacio, de consolación. A partir de ese momento las decisiones en favor del Reino serán más fluidas.

Este ejercicio de discernimiento no consiste en una actividad mía y hacia mí mismo, sino que va y viene sobre la realidad, dialoga con ella, actuando sobre ella y valorando lo que sucede en esa actuación y en sus dinamismos. Aunque Ignacio, en el proceso de los *Ejercicios*, propone una confirmación para cada una de las resoluciones básicas que el ejercitante asume, cree que es en una historia activa de compromiso personal donde se confirman o corrigen las elecciones realizadas.

El examen de conciencia del día, como ejercicio realizado cada jornada, constituye un instrumento privilegiado para profundizar en el discernimiento. Un rato cada día en el que reconocer la gratitud de Dios, para agradecerla; en el que depositar en las manos de Dios, de forma confiada, las preocupaciones e inquietudes que nos apuran; y en el que caer en la cuenta del daño causado para pedir perdón por él. Ese ejercicio cotidiano, sencillo y breve va esponjando el corazón y haciéndolo más sensible a la acción de Dios en nuestras vidas.

### *c) El actuar solidario*

Los dos ejercicios previos de conocimiento interno de la realidad y el de discernimiento nos permiten traspasar la epidermis de lo real y penetrar más adentro. Rompen con la superficialidad tan extendida y proporcionan una mirada mística sobre la vida y la historia, atenta a la presencia de Dios en ellas<sup>11</sup>.

El Dios al que dejamos paso es activo, creativo, volcado sobre las criaturas. Él las fortalece y ayuda a crecer, rescata de ellas la dignidad perdida y lo hace siempre con entrañas de misericordia y en preferencia por los más pobres. Es lo más diferente de un Dios encerrado en su atalaya, observador imparcial y juez implacable. Es un Dios implicado, porque así es el Padre al que Jesús nos permitió asomarnos.

Ese Dios nos pide colaborar con él en su tarea esencial: crear, reparar, fortalecer, perdonar, cuidar, potenciar... A esto estamos llamados. Hay una corriente de vida y de sanación que atraviesa toda la his-

---

11. Cf. B. GONZÁLEZ BUELTA, *Ver o perecer: mística de ojos abiertos*, Sal Terrae, Santander 2006.

toria y nuestro presente, que desborda nuestros esfuerzos, que constituye la gran promesa del mundo y que nos invita a participar de ella misma. Es el amor que lo habita todo y que nos quiere arrastrar consigo para que tengamos vida completa.

De ahí que vivir en profundidad lleve consigo una forma de posicionarse en el mundo y de actuar en él. No hay profundidad sin compromiso. Por eso hay más agudeza, y finalmente más sabiduría, en el mirar de una persona implicada que en el análisis erudito de quien se sitúa asépticamente ante la realidad. De una persona así surgirán la compasión, la cercanía, el afecto, la comunicación...

### **3. A modo de conclusión**

El mundo en el que vivimos nos invade con estímulos que tratan de hacerse con nuestra atención y nuestros deseos. Nos empujan hacia una vida superficial, insatisfecha y distraída. A su vez, los riesgos derivados de lo que hemos convenido en denominar «progreso» nos están replegando sobre nosotros mismos, llevándonos al redil del hogar y restringiendo nuestra ilusión por participar en las cuestiones públicas.

Estos dos fenómenos generan un movimiento interior que obstaculiza un proyecto de servicio solidario con horizontes universales. Se trata de una dinámica que nos repliega sobre nosotros mismos, a la búsqueda de una vida placentera y despreocupada. Podríamos decir que es un vivir epidérmico y enajenado.

Sin embargo, esto no sucede de forma automática. Contamos con múltiples resortes para resistir a estos movimientos y situarnos compasivamente ante la realidad y sus víctimas. Buena prueba de ello es la cantidad de personas de buen corazón y criterio que se comprometen cada día por abrir caminos a la justicia y la solidaridad.

En particular, la espiritualidad ignaciana ofrece orientaciones muy valiosas para vivir más conectados con nuestro interior y dejar que de él broten respuestas sabias, cargadas de bondad y generosidad. Concretamente, cultivando una mirada profunda sobre la historia y la vida y favoreciendo un conocimiento afectivo de lo real, esta espiritualidad ayuda a reconocer el dinamismo del amor y nos invita a dejarnos arrastrar por él. En definitiva, es posible vivir desde nuestro interior, habitado siempre por la gracia, para que de él broten la misericordia y la bondad de Dios.



# Vivir por fuera... sin olvidarse de vivir por dentro

Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ\*

## Resumen

El libro sapiencial del Eclesiastés (Qohelet) invita con convicción a disfrutar de la vida, pues esta es don de Dios. En su progresiva reflexión, y en especial en la que más aborda el tema de la ética, el Qohelet parece invitar a «vivir por dentro», porque solo así se puede también «vivir por fuera».

El comienzo del evangelio de Marcos parece mostrar que Jesús vive en equilibrio y con integración la «vida por fuera» y la «vida por dentro». Un Jesús que, tras su muerte en Jerusalén, manda a sus seguidores que lo busquen en Galilea, donde «vive por fuera».

## Abstract

The sapiential book of Ecclesiastes (Qohelet) convincingly advocates the enjoyment of life, since it is a gift from God. In its progressive reflection and particularly in the one that more closely tackles the subject of ethics, the Qohelet appears to encourage our «internal life», because only by doing so can we also have an «external life».

The beginning of the Gospel according to Mark seems to show that Jesus lives a balanced and integrated «internal» and «external life». A Jesus that, after his death in Jerusalem, ordered his followers to look for him in Galilee, where he has an «external life».

Si uno rastrea los siempre ricos y novedosos libros que conforman la mejor de las bibliotecas que todavía poseemos (la Biblia), no es fácil encontrar en ellos los términos que articulan este último número de *Sal*

\* Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <esanz@teo.upcomillas.es>.

*Terrae* del año 2010: «vivir por dentro y vivir por fuera». Pero sí son numerosos los pasajes o libros que tocan muy de cerca ambas referencias y que ofrecen un modo concreto de comprenderlas. A dos de ellos nos aproximamos en esta colaboración, convencidos de que en ambos no se agota lo que sobre ellos se podría decir.

Se ha dicho del libro del Qohelet que, «en una época en la que la vida aparece con frecuencia caótica y falta de sentido, Qohelet presenta un mensaje especial para nosotros, pues enseña a los hombres a amar la vida, a aceptar sus limitaciones y a disfrutar de sus bendiciones»<sup>1</sup>. Nos vamos a acercar a uno de sus temas transversales (ética) para explorar el subrayado que en él presenta el temor de Dios («vivir por dentro»), que al mismo tiempo parece ir de la mano del «vivir por fuera» (comer, beber, disfrutar del bienestar).

Del evangelio de Marcos se ha afirmado que «es un proyecto existencial...; un evangelio sumamente ordenado y profundo...; un auténtico manual del cristiano para su proceso vital»<sup>2</sup>. Lo vamos a abrir por sus primeras y últimas páginas para tratar de entender la centralidad que en él parece tener el vivir de Jesús en Galilea, el escenario principal de su actuación terrena, donde ciertamente ora y donde, sobre todo, «vive por fuera»: cura, consuela, acompaña y se reúne con los desheredados.

### «El libro del Qohelet, una revisión de vida»

Así definía recientemente el libro del Qohelet (Eclesiastés) el profesor de la universidad de Viena L. Schwienhorst-Schönberger en una colaboración sobre antropología bíblica, en la que también afirmaba: «El libro del Qohelet pertenece a una antigua y bíblica tradición que puede denominarse “descubrimiento del hombre interior”... La antropología del libro intenta ofrecer un balance entre el hombre exterior y el hombre interior. No se desprecian formas de sentido como el disfrutar

- 
1. R. GORDIS, *Kohelet. The Man and his World*, The Jewish Theological Seminary of America, New York 1968<sup>3</sup>, x.
  2. S. CASTRO SÁNCHEZ, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, Universidad Pontificia Comillas – Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, 17.

de la vida, comer, beber... Poseen un sentido el beber, comer, etc., si en su transparencia conectan con Dios»<sup>3</sup>.

El Qohelet es el libro de los escépticos, han afirmado algunos (A. Schoors). Nada de eso, han respondido otros (N. Lohfink, R.N. Whybray): los doce capítulos del Eclesiastés rezuman, ante todo, optimismo. Decisivo es para los primeros la insistencia en que «todo es vanidad» en la vida de los seres humanos, en que en ella se manifiestan con claridad muchos de los límites que estos tienen: su incapacidad para conocer y comprender a Dios, la imposibilidad de acercarse y anticipar el futuro, la muerte. Para los de corte optimista, en cambio, central es que lo bueno para el ser humano es comer, beber, disfrutar de la vida, dones de Dios por antonomasia. De estos últimos nos sentimos más próximos en el acercamiento que hacemos a continuación a un libro de «tan asombrosa actualidad intemporal»<sup>4</sup>.

En 1984, la catedral de Burgos recibió el título de patrimonio de la humanidad. Nada que objetar al respecto, sino el hecho –y aquí expreso sin vergüenza el carácter que en mí ha impreso el ser burgalés de adopción– de que dicho reconocimiento llegara quizá demasiado tarde. Una catedral ante la que han pasado y desfilado miles y miles de personas llegadas de todos los lugares del universo, quienes, al ver su belleza y esplendor, han expresado su admiración ante la –parafraseando a El Tudense– «fuerte y hermosa yglesia de Burgos». Un pasar de tantas generaciones ante la obra impulsada por el rey Fernando III y el obispo D. Mauricio que recuerda el bello comienzo del Qohelet, el primero de sus capítulos: «una generación pasa, otra generación viene, y la tierra permanece siempre» (Qo 1,4). Así es, parece afirmar el sabio predicador: el cosmos, la naturaleza, la vida son eternas, estables, permanecen; la vida del ser humano, en cambio, es pasajera y no estable. Expresado e ilustrado con el ejemplo anteriormente utilizado, mientras que los numerosos visitantes de la catedral de Burgos nacen, crecen,

---

3. L. SCHWIENHORST-SCHÖNBERGER, «Zwischen Agonie und Glück. Kulturantropologische Impulse und alttestamentliche Anthropologie am Beispiel Kohelets», en C. FREVEL (ed.), *Biblische Anthropologie. Neue Einsichten aus dem Alten Testament*, Herder, Freiburg im Breisgau 2010, 169, 184.

4. Así define el Qohelet A. SCHMITT, «Zwischen Anfechtung, Kritik und Lebensbewältigung. Zur theologischen Thematik des Buches Kohelet»: *Trierer Theologische Zeitschrift* 88 (1979), 129.

viven y mueren, el bello monumento de la ciudad del Cid ha permanecido en pie desde el siglo XIII hasta nuestros días y –así lo esperamos– permanecerá todavía durante muchos siglos más con toda su belleza y esplendor.

Duro y desanimante parece ser el inicio del Qohelet. Duro y desanimante parece ser también su segundo capítulo, porque, después de intentar buscar y explorar el sentido de diversas dimensiones de la existencia humana, «parece que no cabe otra solución que la “resignación ante lo inevitable”»<sup>5</sup>; parece que hay que empezar de nuevo, ya que es vanidad y empeño vano buscar la alegría y los placeres, el trabajo y la riqueza, las construcciones y las grandes obras, la sabiduría (Qo 2,25-26).

Un cambio y giro importante parece darse en Qo 3, en cuyos primeros ocho versículos podemos encontrar el famoso y conocido poema sobre el tiempo: «todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo...». Un poema y un capítulo en el que encontramos diversas conexiones con Qo 1-2<sup>6</sup> y que expresan, en particular Qo 3,1-8, que el hombre posee un conocimiento limitado de los tiempos y momentos oportunos para actuar, por no poder disponer de ellos: «el ser humano querría dominar y cambiar el curso del tiempo, pero ello se le escapa continuamente de las manos»<sup>7</sup>. Ahora bien, junto a ello, Qohelet sostiene que Dios «todo lo hizo bello en su sazón y puso la eternidad en el corazón de los hombres, sin que pueda el hombre descubrir la obra que Ha Elohim realiza del principio al fin» (Qo 3,11). Y continúa sus reflexiones centrando su atención en un doble aspecto de Dios: su cercanía y su distancia (trascendencia). Así, en primer lugar, solo el Dios trascendente (y no el ser humano) conoce la globalidad del tiempo y su sentido; al mismo tiempo, y en segundo lugar, el Dios cercano concede al ser humano la posibilidad de gozar de las realidades cotidianas y sencillas de la vida: «pues nada hay más bueno para los hombres que alegrarse y procurar el bienestar en su vida. Y también he reconocido

5. J. VÍLCHEZ LÍNDEZ, *Eclesiastés o Qohelet*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1994, 221-222.

6. L. SCHWIENHORST-SCHÖNBERGER, «Nicht im Menschen gründet das Glück» (*Koh 2,24*). *Kohelet im Spannungsfeld jüdischer Weisheit und hellenistischer Philosophie*, Herder, Freiburg im Breisgau 1994, 87-88.

7. L. MAZZINGHI, *Ho cercato e ho espolorato. Studio sul Qohelet*, Dehoniane, Bologna 2001, 209.

que es un don de Dios que cualquier hombre coma y beba y disfrute bienestar por todo su esfuerzo» (Qo 3,12-13). El Qohelet apunta de este modo que el comer, el beber, el alegrarse y el disfrutar del bienestar poseen sentido. Ello lo recoge y repite Qo 5,17-19, uno de los pasajes clave –así lo sostiene N. Lohfink– para comprender el libro del Eclesiastés, en el que ocupa un lugar central el término *Ha Elohim* (Dios)<sup>8</sup>. En él se invita y se anima a vivir y disfrutar de las alegrías cotidianas de la vida –es decir, y en la terminología de nuestra colaboración, a «vivir por fuera»–, porque a través de ellas se puede entrar en contacto con el sentido de las cosas que normalmente solo Dios ve y conoce, es decir, se puede conectar con Dios («vivir por dentro»).

Ahora bien, son Qo 7-8, y especialmente Qo 7,15-18 y Qo 8,11-14, los capítulos y pasajes que nos ofrecen una última y decisiva referencia para comprender de qué manera podemos entender la relación entre el «vivir por dentro» y el «vivir por fuera».

Conviene señalar, en primer lugar, que no se puede entender la pequeña unidad textual Qo 7,15-18 desgajándola de los versículos a ella cercanos, los cuales, a su vez, están también en conexión con el resto del libro del Qohelet<sup>9</sup>. En dicha unidad, Qohelet expone con lucidez que el único fundamento de la ética es el temor de Dios. No lo es, en cambio, la ley o la Torah, como sucede en los libros proféticos. De ese modo, se separa de la tradición de Israel, que conectaba el temor de Dios con un comportamiento justo mediante la observancia de preceptos o mandamientos (por ejemplo, de la Torah) y con una retribución a dicho comportamiento por parte de Dios, pues para el Eclesiastés el temor de Dios no pende de ningún esquema retributivo.

Ahora bien, ello no significa que la propuesta ética de Qohelet sea anomista, pues la ley que propone seguir es acoger la alegría que Dios da al ser humano en la vida (comer, beber, disfrutar del bienestar) y conectar dicha alegría con el temor de Dios. Con ello el predicador critica no tanto la doctrina de la retribución (premio a los buenos, castigo a los malos), sino el que esta pueda servir de fundamento para la ética.

8. N. LOHFINK, «Qoheleth 5:17-19. Revelation by Joy»: *Catholic Biblical Quarterly* 52 (1990) 625-635.

9. B. PINÇON, «“Au jour de bonheur, accueille le bonheur” (Qo 7,14). Réhabilitation d’une parole de bonheur méconnue du livre de Qohélet»: *Rivista Biblica* 57 (2009) 311-325.

De ahí que la relación entre el temor de Dios y la ética aporte una especial novedad a la hora de entender un principio sapiencial tan estable, decisivo y determinante como es el de la retribución.

Para el Qohelet, temer a Dios significa escucharlo, permanecer en silencio delante de él, reconocer y aceptar el misterio de su actividad: «es esa especial sensación reverencial que experimenta el hombre creyente y, por tanto, religioso ante la Majestad divina percibida en una experiencia religiosa»<sup>10</sup>. Temer a Dios es comportarse con respeto delante del misterio de Dios, de un Dios que no podrá ser nunca comprendido con la sabiduría humana; es aceptar que Dios actúa de manera soberanamente libre. Para el Qohelet el temor de Dios posee valor en sí mismo; ¡y un valor absoluto!

En consecuencia, a la pregunta, en estos y otros pasajes del libro, por el hombre y su felicidad, el sabio predicador responde, no desde claves del pensamiento griego (el hombre puede alcanzar la felicidad con sus propias fuerzas), sino afirmando que el hombre puede ser feliz «viviendo por dentro», es decir, temiendo a Dios. Y en ese «vivir por dentro» puede, sin embargo, descubrir y reconocer que la alegría es un don de Dios, que las pequeñas y concretas alegrías de la vida son signos reales de ese don que Dios concede al hombre. En definitiva, en el «vivir por dentro» puede el hombre acoger como dones de Dios todo lo que expresa y caracteriza el «vivir por fuera»; en el temor de Dios se puede recibir la invitación a vivir y gozar de la vida, a «comer, beber y disfrutar del bienestar» (Qo 3,13; 5,17-19; 8,15). Por eso, un temor de Dios, es decir, una vida por dentro que solo respetara la trascendencia de Dios sería un temor incompleto; le faltaría la invitación que Dios dirige a quien le teme a vivir por fuera, a disfrutar de esa alegría y felicidad que solo los dones que de Dios proceden le pueden proporcionar. En definitiva, y en terminología que podría resultar cercana a la tradición ignaciana, el ser humano puede alcanzar el «más» si vive la vida en contacto con el dador de esos dones visibles y externos que puede disfrutar en plenitud<sup>11</sup>.

10. J. VÍLCHEZ LÍNDEZ, *op. cit.*, 448.

11. L. MAZZINGHI, *op. cit.*, 261-265; ID., «Il fondamento dell'etica del Qohelet» en E.I. RIMBALDI (a cura di), *Qohelet: letture e prospettive*, Angeli, Milano 2006, 159-176; ID., «Esegesi ed ermeneutica di un libro difficile. L'esempio di Qo 8,11-14», en J.N. ALETTI – J.L. SKA (eds.), *Biblical Exegesis in Progress. Old*

## Jesús en el evangelio de Marcos

No parece ser una pura y mera casualidad el que, hace pocos años, un buen conocedor del evangelio de Marcos publicase un estudio con el título «El sorprendente Jesús de Marcos». Al fin y al cabo, «cuando nos introducimos en el relato del evangelio de Marcos, entramos en un mundo de conflicto y suspense... en el que el protagonista, Jesús, es lo más sorprendente de todo»<sup>12</sup>.

Un evangelio que se abre con el conocido «comienzo del Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios» y que, a partir de Mc 1,14, presenta diversos episodios de la vida de Jesús en Galilea<sup>13</sup>. Nosotros nos fijamos de modo especial en los de su primer capítulo, es decir, en Mc 1,16-45: llamamiento de los cuatro primeros discípulos; enseñanza y exorcismo en la sinagoga de Cafarnaún en sábado; curación de la suegra de Pedro y de muchos endemoniados; curación de un leproso; etc. En ellos Jesús aparece como el actor principal de todas las acciones narradas. Un Jesús que enseña y que derriba el poder de Satán, provocando con ello un gran asombro entre los que están cerca de él: «y estaban pasmados de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc 1,22); «todos quedaron espantados, hasta preguntarse unos a otros: ¿qué es esto? Una enseñanza nueva, con autoridad. Y manda a los espíritus impuros, y le obedecen. Y su fama se divulgó enseguida por todas partes, por toda la región de Galilea» (Mc 1,27-28).

Un Jesús que también se dirige con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés y cura a la suegra de Pedro (Mc 1,29-31). Una acción que evoca la resurrección, ya que el término griego utilizado para referirse a

*and New Testament Essays*, Editrice Pontificio Istituto Biblico, Roma 2009, 173-207; L. SCHWIENHORST-SCHÖNBERGER, *art. cit.*, 185; *Id.*, *op. cit.*, 320-324; *Id.*, *Kohélet*, Herder, Freiburg im Breisgau 2004, 98-101.

12. Véanse: S. CASTRO SÁNCHEZ, *op. cit.*; D. RHOADS – J. DEWEY – D. MICHIE, *Marcos como relato. Introducción a la narrativa de un evangelio*, Sígueme, Salamanca 2002, 13.
13. No nos parece necesario ni decisivo presentar aquí si hay que situar el inicio de dichos acontecimientos en Mc 1,14 o Mc 1,15 o Mc 1,16. Remitimos a estos estudios: S. CASTRO SÁNCHEZ, *op. cit.*, 61ss.; J. GNILKA, *El evangelio según san Marcos, I*, Sígueme, Salamanca 1996<sup>3</sup>, 45ss.; M. NAVARRO PUERTO, *Marcos*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2006, 13ss.; L. SCHENKE, *Das Markusevangelium. Literarische Eigenart – Text und Kommentierung*, Kohlhammer, Stuttgart 2005, 59ss.

la curación («acercándose a ella, la levantó») es el que frecuentemente se utiliza en el Nuevo Testamento para hablar de resurrección.

Los pasajes hasta ahora mencionados y recordados presentan a Jesús en lugares tan distintos como el mar de Galilea, Cafarnaún, la sinagoga de Cafarnaún y la casa de Simón Pedro. Inmediatamente después, comienza otro, Mc 1,32ss., donde Jesús se encuentra en medio de «toda la ciudad que estaba reunida junto a la puerta» (Mc 1,33). Allí también «curó a muchos que se encontraban mal, con diversas enfermedades, y expulsó muchos demonios» (Mc 1,34). Posteriormente, «de madrugada, muy oscuro, levantándose, salió y marchó a un sitio solitario, y allí rezaba» (Mc 1,35). Es necesario detenerse con atención y detenimiento en numerosos elementos de estos versículos y poder así deducir alguna consecuencia de interés en relación con el tema que nos ocupa. Sobre todo, en los diversos lugares por donde Jesús pasa, enseña y cura, pues confieren una unidad a distintos episodios. Igualmente en diversas referencias temporales que también ayudan a leer diversos pasajes y episodios de manera unitaria.

En primer lugar, «llegado el atardecer» (Mc 1,32) es utilizado con frecuencia por Marcos para empalmar con el hilo de la narración, es decir, para poner en relación unos episodios con otros. Sin embargo, dicha expresión temporal aparece acompañada en ese mismo versículo por otra mención de tiempo: «cuando se puso el sol». Ambas no pueden separarse, ya que la segunda complementa y clarifica la primera. El énfasis que ellas poseen produce y provoca en el lector un interés y atención especiales por lo que durante ese tiempo sucede. Este mismo fenómeno ocurre en Mc 1,35 («de madrugada, muy oscuro»), donde encontramos también dos expresiones de tiempo que se complementan entre sí y que presentan igualmente un énfasis particular.

De manera que parece que se puede afirmar que, por un lado, Marcos quiere poner en conexión la actuación sanadora de Jesús en Mc 1,32-34 con todas sus acciones y actuaciones anteriores y, por otro, resaltar la estrecha relación que parece existir entre este episodio y el siguiente (Mc 1,35-39), donde se dice que Jesús, «de madrugada, muy oscuro, levantándose, salió y marchó a un sitio solitario, y allí rezaba». Parece entonces –esta es la tesis que adelantamos y que vamos a tratar de justificar a continuación– que entre la acción de Jesús y su oración hay una fuerte vinculación; que la oración y la misión de Jesús constituyen una unidad indisoluble; que, en palabras queridas por este nú-



mero de *Sal Terrae*, entre vivir por fuera y vivir por dentro hay una enorme correlación<sup>14</sup>.

Es importante comenzar repitiendo que el narrador quiere dar unidad a todo lo que le sucede a Jesús en el atardecer y durante la madrugada. Es importante, además, señalar la existencia de una interesante elipsis en la escueta narración de Mc 1,35: el narrador omite todo lo que ha podido sucederle a Jesús durante su oración nocturna, pues, inmediatamente después de la escasa información de dicho versículo, Mc 1,36 afirma que «Simón y los que estaban con él fueron en su busca y lo encontraron». Es importante, en tercer lugar, indicar que en Mc 1,35-38, en la pequeña unidad en que se menciona la oración de Jesús, se habla también de una curación, de una salvación que trae Jesús y que aparece expresada no únicamente por medio de hechos concretos salvíficos o curativos, como en todos los pasajes anteriores, sino a través de un anuncio sapiencial poderoso (¡un evangelio!) de una salvación universal abierta a todos. Y es importante, en último lugar, recordar el tiempo verbal del verbo rezar en Mc 1,35: un tiempo imperfecto puede expresar una acción repetida o habitual y no tanto una acción o actuación concreta<sup>15</sup>.

No podemos *adivinar* con total exactitud cómo rezaba Jesús y sobre qué rezaba. Es posible, sin embargo, intuir que «en su oración Jesús ha confrontado los hechos con su misión. ¿Debe continuar en esa línea? ¿Es su predicación acorde con lo ocurrido, con sus gestos liberadores? ¿Cómo evitar la utilización de ese Reino para fines perversos?»<sup>16</sup>. Y sí podemos afirmar que la narración, y en particular la elipsis mencionada, posibilitan a quien lee el texto plantearse estas y otras preguntas en torno a la oración de Jesús: ¿cómo era?; ¿cómo se dirigía a Dios?; ¿de qué hablaba con él?; ¿de qué manera estaban en ella pre-

---

14. J. GNILKA, *op. cit.*, 103.

15. Recuértese que «la función originaria de los llamados temas temporales del verbo en las lenguas indoeuropeas no era la de expresar grados de tiempo (presente, pasado, futuro), sino las *Aktionsarten* (modalidad de la acción) o los aspectos (puntos de vista o prospectivas)». Véanse: F. BLASS – A. DEBRUNNER, *Grammatica del greco del Nuovo Testamento*, Paideia Editrice, Brescia 1982, 401-411; L. SCHENKE, *op. cit.*, 75; M. ZERWICK, *Biblical Greek*, Pontificio Istituto Biblico, Roma 1994<sup>6</sup>, 91-93.

16. M. NAVARRO PUERTO, *op. cit.*, 83-84.

sentes sus discípulos, todos los que le buscaban, las personas a las que anunciaba la llegada de la salvación?

Si, además de la citada elipsis, recordamos de nuevo el lugar central que parece ocupar el verbo rezar y el aspecto que expresa (de repetición o situación habitual)<sup>17</sup>, así como también otros aspectos mencionados precedentemente, podemos pensar que quizá la narración no necesita indicar muchas más referencias sobre la oración de Jesús que las que ya señala: la mutua relación entre el largo tiempo de oración de Jesús y la larga actividad que él realiza, tan duradera en el tiempo. ¿No podemos entonces deducir que son precisamente sus largas acciones (curar, predicar, etc.) las que ocupan todo el *espacio* y *tiempo* de la oración de Jesús, las que llenan totalmente su actividad orante? ¿No podemos entonces confirmar que esta última actividad, que dura y es habitual, está en estrecha conexión y relación con su actividad más activa y curativa?

Un dato más parece confirmar que Mc 1 quiere resaltar la conexión estrecha en Jesús del «vivir por dentro» y el «vivir por fuera». Parece claro que en Mc 2,1 comienza una nueva secuencia que consta de diversos episodios que se narran posteriormente. Y parece también claro que Mc 1,45 es un versículo conclusivo de Mc 1,40-45, similar a Mc 1,39, conclusión a su vez de Mc 1,35-39. Pues bien, en Mc 1,40-45 se narra una acción muy especial de Jesús: es la única narración de curación de un leproso en el evangelio de Marcos. Y dicha acción de Jesús presenta en su versículo conclusivo una referencia (*en sitios solitarios*) que evoca precisamente a Mc 1,35: «de madrugada, muy oscuro, levantándose, salió y marchó a un sitio solitario, y allí rezaba Jesús». En este último versículo se resalta que Jesús se marchaba a un sitio solitario para rezar, es decir, cambiaba de lugar al entrar en contacto más personal con Dios. Pues bien, repetir esta última referencia en Mc 1,45, después de narrar una nueva acción de Jesús y no una acción cualquiera (la curación de un leproso, única en Marcos), permite pensar que, mediante dicha mención, la narración quiere recordar una vez más que la acción de Jesús y su oración son en él inseparables, es decir –y con terminología una vez más de la tradición ignaciana–, que Jesús era contemplativo en la acción y activo en la contemplación.

17. De hecho, la mayor parte de los verbos de Mc 1,35-39 están en aoristo; solo está en imperfecto el verbo *rezar*.

También al final de su evangelio, cuando Marcos llega al núcleo central del mismo (la muerte y la resurrección de Jesús), el evangelista utiliza referencias temporales ya conocidas («llegado el atardecer; de madrugada»: Mc 15,42; 16,2), cuya importancia en Mc 1 ha sido ya destacada. Mucho se ha escrito sobre la primera conclusión del evangelio de Marcos: la llegada de las mujeres al sepulcro (Mc 16,1-8)<sup>18</sup>. Una perícopa que juega también, de un modo distinto del que nosotros hemos empleado, con los términos «dentro» y «fuera». María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé, las mismas que habían estado al pie de la cruz (Mc 15,40), se dirigen al sepulcro a embalsamar a Jesús y, al entrar en su interior, ven que Jesús «está, pero ya no allí»<sup>19</sup>. Ellas quieren conservar el cadáver de Jesús y por eso buscan a Jesús «dentro», en la tumba. Pero no, allí no está: Jesús, el Nazareno, el crucificado, al que Dios ha resucitado, vive de manera definitiva en otro lugar, en Galilea («fuera»), donde ahora espera a los suyos («va delante de vosotros a Galilea»: Mc 16,7). Sí, no está «dentro», sino que vive «fuera», en Galilea, donde ahora hay únicamente que ir a buscarle; y no solo porque allí Jesús resucitado pasa, llama, cura, consuela y cuida a los desheredados, sino también, y muy especialmente, porque allí está ahora... el que «vive por dentro y por fuera» (Mc 1).

---

18. De este pasaje se ha afirmado, entre otras cosas, que quien lo entiende comprende el evangelio de Marcos. Véanse: S. CASTRO SÁNCHEZ, *op. cit.*, 467-494; C. FOCANT, *Marc, un évangile étonnant*, Leuven University Press, Leuven 2006, 341-358; J. GNILKA, *op. cit.*, 394-409; S. LÉGASSE, *L'évangile de Marc, II*, Cerf, París 1997, 995-1010; M. NAVARRO PUERTO, *op. cit.*, 575-589; R. PESCH, *Das Markusevangelium, II*, Herder, Freiburg im Breisgau 1977, 519-543; L. SCHENKE, *op. cit.*, 350-353.

19. PH. WARGNIES, SJ, «Marc 16,1-8 – Les femmes et le jeune homme dans le tombeau»: *Nouvelle Revue Théologique* 132 (2010) 374.

editorial   
**SAL TERRAE**



CARLO MARIA MARTINI

**¡Remad mar adentro!**

*Eucaristía  
y dinamismo eclesial*

136 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 10,50 €

La eucaristía es una referencia dinámica y no un simple refugio. La celebración eucarística empuja la barca de los discípulos y de la Iglesia mar adentro, hacia las corrientes y las tempestades de la historia humana. Porque la eucaristía no es solo el pan que sostiene el camino, sino Jesús mismo, que –aun cuando a veces parezca ausente– está en nuestra barca, la barca de una humanidad sacudida por las tormentas, pero portadora de esperanza.

# Lo que la Navidad esconde

María Dolores LÓPEZ GUZMÁN\*  
José Manuel BURGUEÑO MUÑOZ\*\*

## Resumen

En pocos contextos puede apreciarse con más claridad que en el de la Navidad la profunda vinculación que existe entre lo corporal y lo espiritual, desde el momento en que supone una sublimación de la materia al hacerse carne el mismo Dios. Buscando pistas para vivir la Navidad también por dentro, encontramos en las tres ofrendas de los Magos: el oro, el incienso y la mirra, unas claves orientadoras que pueden ayudar a celebrar por fuera y por dentro y unas señales claras para descubrir todo aquello que la Navidad esconde detrás del banquete, el regalo y el oropel.

## Abstract

There are very few occasions other than Christmas in which the strong link between the physical and the spiritual can be more clearly noticeable, since it is the time of God's presumed sublimation from matter to flesh. In searching for clues also from within on how to experience Christmas, we come to the gifts of the Three Wise Men: gold, frankincense and myrrh, guiding signals that can help us celebrate both externally and internally as well as clear clues for the discovery of everything about Christmas hidden behind the façade of feasts, gifts and decoration.

«No soy nada enemigo de que lo más profundo del hombre se exprese de modo material, a condición de que lo material nazca de la profun-

---

\* Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Sal Terrae*. Profesora de Teología. Madrid. <dolilg@yahoo.es>.

\*\* Director del Colegio Mayor Loyola y profesor de Periodismo. Autor de «El Libro de la Navidad». Madrid. <josemanuel.burgueno@cmuloyola.org>.

didad, en lugar de suplantarla»<sup>1</sup>. Sugerentes palabras las de González Faus en el marco de una reflexión sobre el modo de celebrar la Navidad en el mundo occidental. Trivialidad, consumismo, superficialidad, ramplonería... son rasgos que acompañan nuestra cultura y que dificultan enormemente una vivencia honda de la Navidad, pero que no deben conducir al sujeto a volverse sobre sí pensando que en su interioridad encontrará ese añorado lugar libre de contaminaciones paganas que le proporcionará hondura y consuelo: «Yo me entiendo»; «en el corazón y la conciencia puedo vivir lo que otros no viven»; «la felicidad auténtica está en tener paz interior»... Hábil tentación que Goethe desmonta de un plumazo: «ni aun el genio más grande iría muy allá si tuviera que sacarlo todo de su propio interior». Creer que «vivir por dentro» –sin más– nos va a salvaguardar de la frivolidad ambiental es una ingenuidad. Yahveh se lo advirtió en numerosas ocasiones al pueblo de Israel: «El anatema está dentro de ti» (Jos 7,13).

Existen dos claves que sustentan el vínculo indisoluble entre la interioridad y las sensaciones epidérmicas: por un lado, el origen común de ambas realidades («¡Insensatos!: el que hizo el exterior ¿no hizo también el interior?»: Lc 11,40); por otro, la Encarnación: Dios ha decidido hacerse carne, materia visible y tangible; Dios se ha «exteriorizado», «ha salido de sí», «se ha volcado hacia fuera», ha «abandonado» su interioridad. ¿No celebramos precisamente que Dios se ha hecho «piel» y se dejó impactar por todo aquello que le rodeó? Por tanto, cualquier deseo de crecer y de vivir esta «fiesta grande» debe incluir necesariamente las dos dimensiones en estrecha relación. Porque los problemas aparecen cuando una de ellas se potencia a costa de la otra. Si se promueve el interior prescindiendo de la realidad externa, el sujeto caerá fácilmente en el separatismo y la soberbia («¡Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres!»: Lc 18,11); si se vive bajo el imperio de las primeras impresiones y los deseos primarios, se corre el riesgo de la vacuidad y la insulsez («El interior del necio es como un vaso roto, que no retiene ningún conocimiento»: Si 21,14). Así pues, ¿cómo situar bien ese «vivir por dentro» cuando la Navidad es una invitación a hacerlo hacia afuera? ¿A qué conduce la profundidad del hacerse carne en un mundo superficial?

---

1. J.I. GONZÁLEZ FAUS, «¿Navidad para ateos?»: *El Mundo*, Madrid, 26 de diciembre de 1992.

- En primer lugar, recordando que la función del adverbio («dentro», «fuera») es la de ser complemento de una realidad, en este caso la Navidad, cuya enorme riqueza merece ser descubierta; no se trata, por tanto, de «meterse» en uno mismo para escuchar lo que hay en el fondo, sino de *a-dentrarse* en lo que un acontecimiento de tal calibre esconde («conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento»: Ef 3,19).
- En segundo lugar, implantando la «lógica interna» de la Encarnación en nuestra vida; el «hacerse nada» de Cristo no es solo una acción para contemplar, sino un Misterio del que participar (*anonadarse* con Él); la Navidad se celebra, pero, sobre todo, se vive (porque, así como Dios «esta vez sí que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos», de modo semejante el cristiano está llamado a reproducir en sus carnes el rostro de Jesucristo y a trabajar en favor de su cuerpo).
- En tercer lugar, mirando al mundo a través de los ojos compasivos de Dios. Le hemos merecido tanto la pena –pecadores, torpes y ruinosos– como para venir a estar con nosotros («tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único»: Jn 3,16).
- En último lugar, buscando pistas que nos pongan en la órbita de Dios, en quien descansa el sentido último de la Navidad (ese nacimiento a nuestro mundo cargado de vulnerabilidad). Las ofrendas que los Magos de Oriente le hicieron a Jesús (oro-incienso-mirra), y que supusieron para el Niño el reconocimiento de su auténtica identidad, son indicadores de la altura, la anchura y la profundidad del seguimiento del Señor, porque dirigen la mirada hacia Dios y, al mismo tiempo, nos ayudan a vivir mejor.

## I. Oro:

*Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt 6,21)

La relación pobreza-riqueza no es fácil para el cristiano, y menos en Navidad. Los buenos propósitos de «controlar el gasto», «hacer regalos sencillos», proponer el «amigo invisible» de bajo coste... chocan con el entorno social y, muchas veces, con el familiar o el comunitario. Donde hay un grupo, existe la diversidad de pareceres. Y no siempre

se puede llegar a acuerdos satisfactorios para todas las partes. Lo más frecuente es que alguien renuncie más que los demás, buscando un bien mayor, o que se den distintos niveles –que en ocasiones no llegan nunca a encontrarse– en la forma (y en el fondo) de vivir las cosas. Quizás el brillo de los regalos que los Magos entregaron a Jesús pueda iluminar el modo de enfrentarnos a «la fiebre del oro» de nuestra cultura.

### *Ni plata ni oro*

¿Cómo no llevar oro al rey del universo? Fue realmente una sabia elección por parte de los Magos, la manera más acertada de expresar una gran verdad. Pero donde ellos experimentaron una alegría inmensa al contemplar cómo el Hijo de Dios no había venido a enriquecerse a nuestra costa con nuestras donaciones, sino que su estilo era la humildad, otros, como Herodes, vieron una amenaza. Reconocer la soberanía de Dios en un Niño, adorarlo a Él (y solamente a Él, no al dinero, ni al poder, ni al cuerpo, ni a la imagen, ni al prestigio, ni a los otros...), tarde o temprano choca con el deseo de dominio y posesión del ser humano. Las personas que ponen a Dios en primer lugar no admiten chantajes; por eso son incómodas. Es necesario, entonces, asumir en la vida que los cristianos, cuando de verdad adoramos al único Dios, estamos llamados a ser signos de contradicción.

Simeón dijo a María sin ningún miramiento que ese sería el destino de Jesús: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción –¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!–, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,34). La bondad no solo se muestra a sí misma, sino que pone en evidencia el mal y la mezquindad. Por eso trae problemas.

El seguidor de Cristo es la persona del corazón atravesado por la tristeza de ver cómo la gran noticia de la Navidad convive con propuestas incompatibles con su mensaje, pero también la del corazón traspasado de amor al contemplar cómo el Señor vino a este mundo sabiendo lo que le esperaba. El pecado, por tanto, nunca debería ser impedimento para vivir la experiencia de la Navidad. Pues este ser humano pecador fue el destinatario de su propuesta salvadora. ¿A quién y dónde queremos transmitir la Buena Nueva? ¿A los justos o a los pe-



cadores? ¿A un mundo ideal o al real? ¿Dónde está la fuente de nuestra alegría?

Este Señor que ha hecho desaparecer la distancia entre lo humano y lo divino, que no se ha dejado frenar por nuestra indiferencia, que nos mira de cerca aunque estemos lejos, es la perla preciosa que todos querrían tener. La verdadera riqueza del cristiano. Algo que, si se quiere, nunca se podrá perder. Cuando Pedro se encontró con el tullido que estaba a la puerta del templo, sus palabras fueron reveladoras: «No tengo plata ni oro; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar» (Hch 3,6).

Nuestro Dios nos ha enseñado que la verdadera riqueza no es «acumulativa», sino «donativa». Por ello, aunque no hubiera posibilidad de hacer una gran comilona, aunque nuestras cuentas estuvieran vacías, aunque nos faltaran las personas más queridas..., tenemos una joya que nadie nos puede quitar: el Dios que siempre se nos da y que nos invita a seguir dándonos en cualquier circunstancia y lugar.

### ***Obsequios que liberan***

Cuenta la leyenda que, hace muchos años, un padre que malvivía en la pobreza con sus tres hijas pensó en vender a una de ellas para conseguir la dote necesaria para casar a las otras dos. Nicolás, obispo del lugar, se enteró de la dramática situación de la familia y se propuso ayudarla, pero sin hacerse notar. Así que hizo llegar secretamente una bolsa de monedas de oro, colándola por la chimenea de la casa. Casualmente, la chica tenía sus medias colgadas para que se secaran al calor del fuego, y el oro cayó en una media. El padre, sorprendido, reconsideró sus planes, especialmente cuando Nicolás repitió la operación la noche siguiente. Pero el cabeza de familia quiso saber quién era su benefactor, así que la tercera noche se quedó apostado cerca de la ventana para ver qué ocurría, y descubrió al generoso obispo.

Muchos siglos después, en los Países Bajos se empezó a decir que en la víspera de su festividad se escuchaban pasos y se veía la sombra de un hombre que recorría los tejados de la ciudad repartiendo regalos a los niños vagabundos, y nació entonces la tradición de dar gracias a san Nicolás cada vez que se recibía un regalo inesperado. Fue en el siglo XIV cuando surgió el germen de la leyenda de Santa Claus (del neerlandés *SinterKlaas*, es decir, san Nicolás), que hoy conocemos co-

mo una figura fantástica que reparte regalos en Navidad. Pero lo que parece cierto es que Nicolás, obispo de Myra en el siglo IV (territorio griego en aquel tiempo, y hoy turco) se labró a pulso su fama de santidad por su magnanimidad y su exquisita atención a las necesidades de los otros, especialmente de los desfavorecidos.

El bueno de san Nicolás había captado perfectamente el sentido tanto de las ofrendas de los Magos como de la de Dios. En los sabios de Oriente los obsequios fueron una muestra de adoración y agradecimiento; en el Señor, su presente era Él mismo: su presencia infinitamente cercana a la frágil y desvalida humanidad. El intercambio de regalos no debería convertirse, por tanto, en una «obligación», en una excusa para juntarnos o en motivo de disgusto cuando las expectativas no se cumplen (es un error esperar demasiado de las cosas y de las personas, realidades tremendamente limitadas), sino que tendría que ser un doble guiño a Dios: el del agradecimiento hacia aquellos que nos ayudan a crecer y nos conducen a Él, y el de la aproximación a los lugares de sufrimiento donde el Señor puede hacerse de nuevo cercano a otros a través de nosotros.

## II. Incienso:

*Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad (2 Co 3,17)*

El incienso es una gomorresina en forma de lágrimas que se extrae de árboles originarios de Arabia y que despide un olor aromático al arder. Parece que el tronco llora cuando cae la gota por su corteza. A veces fluye por incisión, pero en otras ocasiones brota naturalmente (este es el más puro y de mejor calidad). Se quemaba habitualmente en los ritos sacerdotales para glorificar a Dios y se colocaba junto al altar donde se realizaban los sacrificios de animales. El humo asciende al cielo sin forma definida, y el aroma que desprende llega a todos los rincones, evocando la presencia envolvente del espíritu de la divinidad (que está, pero que no se puede atrapar). Este carácter inaprehensible y ascendente lo ha convertido siempre en un símbolo de comunicación con todo lo que está junto a Dios. Quizá por ello en algunos pueblos de Inglaterra existía la costumbre de quemar las cartas en la chimenea, para que el humo y las pavesas condujeran los mensajes hasta el Padre Navidad. No hay que dejar que se pierdan ciertas prácticas que ponen

imágenes y gestos a experiencias hondas, como lo es la ofrenda de la vida, que de una manera misteriosa pero segura llega («se eleva», como el humo del incienso) al Señor. El Padre se complace en nosotros cuando vivimos la existencia como un don para Él y para los demás, aunque cueste (como el tronco que parece que solloza al deslizarse las gotas de la resina).

Los Magos, al presentar el incienso, quisieron proclamar con ello que aquel Niño envuelto en pañales era verdaderamente Dios hecho carne; un Dios que podía llorar (como un recién nacido, o como en la pérdida de un amigo). La escena que vieron era digna de haber sido retratada; probablemente quedó grabada en sus retinas: una mujer, una cueva, un pesebre, un bebé... Jesús se hizo incienso de una fragancia agradable al Padre al volcarse en la humanidad, pues «la ofrenda del justo unge el altar, su buen olor sube ante el Altísimo» (Si 35,5). Toda su existencia desprendía aroma de donación de forma natural –lo hizo, obedeciendo, porque quiso–; precisamente la de mejor calidad.

El hombre que desee homenajear a Dios tiene solo un camino: «Como incienso, *derramad* buen olor, abríos en flor como el lirio, *exhalad* perfume, *cantad* un cantar, *benedicid* al Señor por todas sus obras. *Engrandeced* su nombre, *dadle gracias* por su alabanza, con los cantares de vuestros labios y con cítaras, decid así en acción de gracias: ¡Qué hermosas son todas las obras del Señor!» (Si 39,14-16).

### *El buen olor de Cristo*

Cuando se acerca la época navideña, los anuncios sobre perfumes y colonias aumentan de manera asombrosa. No hay famoso que se precie que no cuente con una fragancia propia que lleve su marca personal. Debe de tratarse de una fuente de ingresos rentable, cómoda y segura. Envases aparentes rellenos de cuatro gotas. Los cristianos, sin embargo, tenemos una marca con denominación de origen que ningún frasco logra contener, ya que es inagotable, «pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo (...); con sinceridad y como de parte de Dios y delante de Dios, hablamos en Cristo» (2 Co 2,15-17). La esencia del cristiano debe estar hecha de derroche y desprendimiento.

Ser olor significa dejar un rastro suave de entrega que los demás perciben aunque no lo sepan definir, que penetra en los corazones sin invadir, que contagia e impregna sin apenas darse uno cuenta, que crea

un ambiente confortable y seductor, que permanece en el recuerdo y despierta sensaciones buenas, que se echa de menos cuando no está.

Desde hace años, cada Navidad se instala en un municipio del norte de Madrid un belén para invidentes, con figuras de grandes dimensiones para que puedan ser palpadas por los ciegos, que incluye olores, sonidos, músicas y diversas texturas: se puede sentir el calor del fuego y escuchar su crepitar, o el del agua discurriendo por el río, oler el heno en el pajar o la humedad y el musgo de la tierra. De igual forma, en el número 124 de los *Ejercicios Espirituales*, San Ignacio de Loyola propone al ejercitante «traer los cinco sentidos» sobre la contemplación tanto de la Encarnación como del nacimiento. Y en ambos casos aconseja «oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad del ánima y de sus virtudes y de todo, según sea la persona que se contempla». Seguro que, de una u otra manera, a muchos les resulta familiar el olor del amor y de la entrega. Lo pueden reconocer al contemplar aquella escena de Belén.

### *De la esclavitud a la libertad*

A Dios no hay que pagarle un tributo por los beneficios que su acción nos causa, ni hay que guardar la compostura ante su Presencia. «El hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón» (1 Sm 16,7). El Señor no se deja deslumbrar por los fuegos de artificio ni por el champán. Le interesa lo que sostiene cada intención. El valor de lo que se ve en las fiestas (las luces, los regalos, el jolgorio, etc.) depende en la misma medida de en qué o en quién se sustentan y de hacia dónde conducen. Cuando surgen de la donación y en ella tienen su término, entonces serán agradables a sus ojos y motivo de alegría para todos.

La ventaja de la Navidad es que nos recuerda que Dios ha asumido la humanidad en su totalidad, algo no tan fácil de asimilar. De hecho, ya en los primeros siglos surgió una herejía que afirmaba que Jesús fue un hombre «aparente», pero que en realidad era solamente Dios. Eran los docetistas (del griego *dokeo*, es decir, parecer). Si hubiera sido así, Dios no habría tenido tantos conflictos en el mundo y se habría conformado con convivir y valorar la superficie de las cosas. Pero no. Desde el último cabello de nuestra cabeza hasta los lugares más recónditos de nuestro corazón le interesan, porque la humanidad toda la ha hecho suya. Por eso san Pablo insistía: «me esfuerzo por tener

constantemente una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres» (Hch 24,16).

Resulta muy liberador no tener que vivir de las apariencias. Estas son contrarias al espíritu de la Navidad. Saber que el Señor no promueve el culto a un cuerpo sin alma, a unos regalos sin espíritu, a unos banquetes sin fraternidad, a un consumo sin solidaridad, es un alivio. Las razones para la alegría y para la celebración están en que, aunque los hombres quieran ignorar la fragilidad, Dios, sin embargo, se ha comprometido con ella en los pobres (nació en una cueva), en los corazones rotos (fue abandonado y torturado), en los cautivos (maniataado y golpeado) y en los reclusos (condenado a morir). Por eso, cuando uno se sienta atrapado entre Santa Claus o los Reyes, y el espumillón o las guirnaldas, siempre aliviará el recordar que la apuesta de Dios, la única con vocación de eternidad, es distinta.

### III. Mirra:

*Donde yo esté, allí estará también mi servidor (Jn 12,26)*

En el mundo antiguo, la mirra tenía múltiples usos. Se usaba para embalsamar cadáveres (por eso Nicodemo y las mujeres la llevaron al sepulcro), para ungir a reyes y profetas (siempre había en la Tienda del Encuentro o junto al Arca del Testimonio), para sanar (muy apreciada por los médicos a causa de sus propiedades curativas) y como perfume para seducir (Esther se puso mirra para prepararse antes del encuentro con el rey Asuero). «Bolsita de mirra es mi amado para mí que reposa entre mis pechos» (Ct 1,13). Era un bálsamo muy apreciado.

Los Magos ofrecieron mirra al Niño para expresar que de verdad era un hombre; tan humano que, aun siendo Dios, estaba también destinado a morir. Jesús asumió la mayor limitación posible tratándose de alguien Divino: la muerte. Por eso en muchos iconos se representa al niño recién nacido envuelto en el sudario. Se presagia lo que le va a suceder, dado el despojamiento que la encarnación supone. Siendo Infinito y Eterno, pasó por la caducidad y la finitud. «Cristo ha sido inmolado. Así que celebremos la fiesta, no con vieja levadura ni con levadura de malicia e inmoralidad, sino con ázimos de pureza y verdad» (1 Co 5,7-8). ¿Cómo no estar alegres viendo a Dios tan comprometido

con la causa del hombre? ¿Por qué nos molesta tanto nuestra condición limitada que Dios tanto amó?

La contemplación del Dios hecho niño resulta enormemente provechosa. Nos recuerda que la humanidad desnuda, débil y dependiente, es querida y digna. No hay que ser «joven aunque sobradamente preparado» para encandilar al Señor. Este «arranque» de su estancia con nosotros fue el preludio de una forma de ser hombre y es la tarjeta de invitación a una fiesta singular en la que también tienen cabida las mezclas en las que vive el ser humano (pues a ellas se ha acercado Dios para curarlas). Pero ante las «zonas oscuras» de nuestra vida y de nuestra cultura (superficialidad, consumo, individualismo, etc.) la encarnación se presenta como una invitación a seguir por otro camino y a enfrentarse a ellas para ponerles freno y potenciar otra realidad de modo pacífico. La conocida oración atribuida a san Francisco de Asís recoge perfectamente este espíritu de la encarnación que nos empuja una y otra vez a poner amor donde hay odio, perdón donde haya ofensas, unión en las discordias, verdad en el error, fe en medio de las dudas, esperanza en la desesperación, alegría donde reine la tristeza; y nos anima a privilegiar siempre al otro buscando su consuelo antes que el nuestro, tratando de comprender en lugar de gastar las energías en ser comprendido y, por encima de todo, volcándose en amar, más que en ser amado.

### *El alma del cuerpo*

A finales del siglo II, un autor desconocido escribió una carta dirigida a un hombre llamado Diogneto en la que le explicaba el sentido de la forma de actuar de los cristianos. Llamaban la atención por sus creencias, su modo de vida, su manera de afrontar la muerte, cómo trataban a los niños... «Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo»<sup>2</sup>. Y continúa explicando que el alma habita en el cuerpo, ama la carne y mantiene la cohesión de los miembros y del mundo.

La Navidad en nuestra cultura está necesitada de alma, porque, aunque no la dejemos salir, la lleva en sus entrañas. Ante la distorsión del sentido original de las fiestas navideñas, ha habido quien ha inten-

---

2. *Carta a Diogneto*, c. VI.

tado sepultarlas. Felipe II en la España del XVI, o el controvertido Oliver Cromwell en la Inglaterra del XVII, dos de los mandatarios más poderosos de la época, impusieron la prohibición de celebrar la Navidad. Ninguno de los dos tuvo éxito. Hay algo en el ser humano que «pide» salir hacia fuera, más aún cuando se trata de compartir una noticia buena. Pero la vía no está en desmarcarse o en ahogar el deseo de experimentar algo nuevo aunque no se sepa bien de qué se trata. Quizá sea esa la tarea que estamos llamados a realizar: dar un nuevo aliento a los ritos y las celebraciones; ligarlas a Dios; mantener el ideal evangélico sin avergonzarnos de ello; mostrar que es posible una manera de vivir diferente que aporta anchura y profundidad; promover la igualdad esencial y la dignidad de todas las personas, pues el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza del Hijo de Dios; en definitiva, volcar hacia fuera el hondo contenido del alma.

### *Días de servicio*

Vivir por dentro la Navidad implica entrar en la dinámica que movió al mismo Dios a encarnarse, que no es otra que la de darse en beneficio de la humanidad; «salir de la *rueda* del yo y pasarse a la *ruta* en que se inscribe ese Niño»<sup>3</sup>. Pero quien quiera seguirle debe hacerlo «no de mala gana ni forzado, pues Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7), sino con gusto y satisfacción. Lo bueno es que se puede experimentar dicha aun cuando haya rincones impregnados de dolor y tristeza. El icono *Eleousa*, más conocido como el de la Virgen de la ternura, muestra a María con el niño de un modo singular. Lo que caracteriza a esta imagen es, por un lado, cómo están madre e hijo mejilla contra mejilla, en un gesto de intimidad, cariño indecible y complicidad; por otro, el rostro de María, con una expresión que contiene al mismo tiempo una mezcla de amor infinito, paz profunda y dolor. Con su hijo en brazos, está presintiendo el martirio de la cruz. «Hay un Niño que dicen que llora música...; hay un Niño con alas en el pesebre...», canta Gloria Fuertes. Y en otro villancico afina: «Ha nacido Jesús, qué pena, en un establo, sin más luz que su luz, sin más sol que sus manos».

---

3. J.A. GARCÍA, «Miramos y contemplamos un rostro. Cómo orar en esta convulsa Navidad»: *Sal Terrae* 89 (2001), 953-965.

Vivir la Navidad junto a la muerte, la enfermedad, la tristeza, el despojamiento, la entrega... no solo es posible, sino que es necesario para comprenderla. Por eso decía Rahner que «cada cristiano debe encontrar por sí mismo esa celebración o, mejor dicho, debe implorarla como gracia regalada. Ten el valor de estar solo y de regalar un corazón navideño a aquellos a quienes te esfuerzas por amar. Este es el mejor regalo que debes poner bajo el árbol de Navidad»<sup>4</sup>.

---

4. K. RAHNER, «Sobre la teología de la celebración de la Navidad», en *Escritos de Teología III*, Taurus, Madrid 1961.



# ***La soledad... Donde la vida resuena***

Patricia HEVIA COLOMAR\*

## **Resumen**

Nacidas para la comunión y el encuentro, nuestras vidas a menudo están heridas de soledad. Distintas circunstancias nos pueden haber llevado a esa experiencia de despojo y vulnerabilidad. Nuestros padres y madres en la fe no fueron ajenos a ella, y la Palabra de Dios nos trae el relato de sus procesos vitales. Pero si dejamos que irrumpa en ella un Amor mayor, el espacio que antes percibíamos vacío y desolado puede transformarse en un lugar amable donde la vida y las personas resuenen trayéndonos el eco de Dios.

## **Abstract**

Born for communion and meeting, our lives are often marked by solitude. Different circumstances may have been led us to this state of dispossession and vulnerability. Our fathers and mothers in faith were not untouched by this and the Word of God brings us the story of their vital processes. However, if we allow a greater Love to invade this faith, the space that we previously thought of as being empty and desolate can be transformed into somewhere pleasant where life and people can epitomise the spirit of God.

Por curiosidad, pongo en el buscador de Google «soledad», y en 0,25 segundos aparecen ante mi pantalla 8.350.000 resultados sobre esta palabra que pronunciamos tan a menudo con temor y reverencia. Canciones, películas, imágenes bucólicas, videos en *Youtube* y noticias que

---

\* Enfermera en el Centro Integral Oncológico «Clara Campal». Madrid.  
<patriciahevia@yahoo.es>.

la relacionan con la hipertensión, el cáncer y otros males que aquejan a nuestra sociedad posmoderna y a nuestros coetáneos. Entre todo ello, palabras que la definen como el mal de nuestro tiempo, ofertando a la vez remedios y antídotos para combatirla.

¿Es posible hablar de ella en un mundo cada vez más «conectado» y en el que las posibilidades de comunicación se multiplican día a día? ¿Cuál es el camino que debemos recorrer para pasar, de esa «soledad poblada de aullidos» de la que habla el Deuteronomio<sup>1</sup>, a la «soledad sonora» de Juan de la Cruz<sup>2</sup>?

Cada uno de nosotros puede decir algo acerca de ella y, dependiendo de la propia experiencia, unos lo vivirán como una condena, y otros como un regalo ansiado y esperado. Pero, queramos o no, forma parte de la urdimbre de nuestra vida, del ineludible proceso que nos lleva de la crisálida al despliegue de todas nuestras capacidades y potencialidades, de todo aquello con lo que Dios nos ha bendecido y enriquecido y que está llamado a ser bendición para otros.

Unas veces será el propio proceso psicológico el que nos llevará a ella: el niño y el adolescente la vivirán con desconcierto cuando comiencen a percibir su propia individualidad e identidad. Otras veces, las pérdidas y las despedidas nos sumirán en ese espacio de orfandad que antes era amable por los rostros de las personas queridas. También la necesidad de tomar decisiones personales y de hacer opciones nos permitirá tomar conciencia de que la vida, la propia, debemos tomarla en nuestras manos.

Nos aguarda un apasionante camino que, desde la soledad, nos lleva a la comunión y a la solidaridad; ese proceso de transformación en el que en nuestra intimidad resuenan los ecos de la vida, de lo cotidiano, de los rostros tantas veces sin nombre ni dignidad. No seremos llevados por nuestro propio empeño, Otro, el que habita nuestros silencios, el que es Presencia y Compañía, nos llevará.

---

1. Dt 32,10.

2. *Cántico Espiritual*, 14.

## 1. Cuando la soledad nos visita

Un elemento común recorre gran parte de las culturas africanas: la fuerza de lo comunitario. De ahí que la soledad esté asociada a la locura y a la enfermedad mental. Sin embargo, hace poco escuché decir a alguien que la gran pobreza de nuestra sociedad occidental era la soledad. Basta una mirada despierta sobre nuestro entorno para encontrar a tantas personas que se ven abocadas a ella.

Nacidos para el encuentro, desde las primeras horas de vida hambreamos el abrazo cálido, el regazo protector, el «tú» convertido en referencia y que con el tiempo, tras un largo aprendizaje, aprenderemos a situar con libertad.

Pero lo cierto es que en nuestras pobladas ciudades y en este tiempo de las redes sociales, donde muchos de nosotros podemos contar con decenas o cientos de amigos, la soledad se hace compañera de viaje, y las relaciones que vamos forjando son cada vez más frágiles.

Quizá los rostros más evidentes de esta realidad sean los de las personas mayores. Los vemos a diario en el supermercado –¡los que todavía pueden valerse por sí mismos!–, en la consulta del médico o en nuestras eucaristías parroquiales. Pero, la mayoría de las veces, sus existencias frágiles nos pasan desapercibidas, y acabamos ignorándolos, confinándolos a un espacio en el que la sabiduría que han ido acumulando se pierde, y donde ellos mismos se preguntan por el sentido de sus vidas. Su presencia debería inquietarnos e invitarnos a pequeños gestos de cercanía. Ellos nos anticipan lo que nosotros llegaremos a ser, a pesar de que se nos haga creer en la «eterna juventud» y en el triunfo del trinomio joven-guapo-rico. También a ellos tendremos que ayudarles a situarse en su tiempo, a vencer sus resistencias a dejar paso a otros, y a aceptar esa progresiva dependencia que se impone con el paso de los años. Mayores eran Abrahán y Sara, Ana y Simeón, Isabel y Zacarías, y «en la vejez siguieron dando fruto» (Sal 93) y fueron mediación de bendición<sup>3</sup>.

En el extremo opuesto del círculo vital están los niños y adolescentes. Para ellos se ha habilitado no hace mucho un teléfono confi-

---

3. Un libro que puede ayudarnos a transitar y gustar esta etapa puede ser: D. ALEXANDRE, *Las puertas de la tarde. Envejecer con esplendor*, Sal Terrae, Santander 2009.

dencial que los atenderá cuando estén en situaciones de riesgo, ya que en España unos «unos 19.000 menores –el 0,75% de la población de entre 5 y 15 años– sufren “situaciones de soledad y tristeza” como consecuencia de problemáticas familiares, como la separación de sus padres, la desatención o el abandono»<sup>4</sup>. Se habla ya de una «generación sin padres», en la que los niños quedan muchas veces a cargo de los abuelos, pues aquellos deben cumplir con sus obligaciones laborales. Con muchos de ellos tratamos en los colegios, parroquias y centros donde trabajamos; y, sin embargo, muchas veces no somos realmente conscientes de la dramática situación que viven. Y sin llegar a ese alto grado de vulnerabilidad, están los adolescentes, que en su proceso de crecimiento y madurez reclaman, sin saber verbalizarlo, nuestra escucha y atención y unos referentes humanos en los que apoyarse. Hiperconectados y con toda la tecnología al alcance de sus manos, crecen en un mundo cada vez más pobre de interioridad, y en el que las relaciones se van forjando con una pantalla como nexo de unión, perdiéndose así valores tan necesarios como la cercanía, el poder del tacto y de la mirada y el necesario tú a tú.

*La soledad de los números primos*, sugerente título de la novela de P. Giordano<sup>5</sup>, es retrato de ese grupo de personas que, por su forma de ser, se convierten en solitarios. La narración de esas dos frágiles vidas navegando en la soledad, heridas en la infancia, al margen por su manera de ser, y que por ser como los números primos siguen una cadencia en la que casi se tocan, pero que nunca llegará a encontrarse. Son muchos en nuestra sociedad, incluso en nuestras familias; pero cuando somos capaces de acercarnos a ellos, lo hacemos con miedo, sintiendo cómo sus vidas nos amenazan imaginariamente. Podemos justificar su situación argumentando que son solitarios por opción: personas «sin hogar», alcohólicos, enfermos con trastornos mentales, raros... La lista podría ser interminablemente larga, y a algunos de ellos incluso podríamos ponerles nombre; pero en realidad viven muy lejos de nosotros, en un mundo con el que no quisiéramos entrar en contacto, aun-

---

4. «Un teléfono confidencial atenderá a los menores en estado de riesgo», en línea: [http://www.elpais.com/articulo/pais/vasco/telefono/confidencial/atendera/menores/estado/riesgo/elpepiesppvs/20101007elpvas\\_8/Tes](http://www.elpais.com/articulo/pais/vasco/telefono/confidencial/atendera/menores/estado/riesgo/elpepiesppvs/20101007elpvas_8/Tes), (Consulta el 7 de octubre de 2010).

5. P. GIORDANO, *La soledad de los números primos*, Salamandra, Madrid 2009.

que es parte del nuestro. Ellos cuestionan nuestra mirada y nuestra capacidad de compasión –entendida como solidaridad y cercanía. Nuestra incomodidad ante sus modos de vida y las situaciones que viven pone en evidencia nuestras sombras, partes de nosotros no reconciliadas del todo que se tambalean ante el desajuste que otros viven.

La soledad también es uno de los factores vinculantes del llamado *Síndrome de Ulises*. Se calcula que cerca de un millón de inmigrantes en nuestro país lo padecen. Extraños y extranjeros en esta tierra que los acoge, la mayoría de ellos sostienen situaciones sobrehumanas, ansiando un futuro distinto que en sus países de origen es imposible soñar. Añorando una vida que no han dejado del todo atrás, su corazón sigue permaneciendo allí –en su Ítaca–, junto a sus familias, sus raíces, sus costumbres, mientras aquí acompañan su soledad con el temor a verse expulsados y con la dificultad para acceder al mercado laboral. Nuestra hospitalidad se ve interpelada por su presencia, y su soledad toca a las puertas de nuestras vidas, llamadas a abrirse a lo desconocido y distinto. Tampoco podemos olvidar que esta soledad tiene especialmente rostro de mujer, bien porque muchas de ellas siguen manteniendo costumbres de sus países de origen, que las mantienen confinadas al espacio doméstico y bajo la vigilancia del varón, con el agravante de que aquí carecen de las redes familiares y sociales que allí sí tenían, o bien porque el tipo de trabajo que aquí desempeñan dificulta sus posibilidades de relación.

Muchos otros rostros tiene la soledad... El nuestro podría ser uno de ellos. Y aunque tal vez no seamos personas mayores, ni inmigrantes, ni mujeres solas, en sus vidas podemos reconocer nuestras soledades, el mismo sentimiento de orfandad, de estar en tierra de nadie, de vivir en una «sociedad líquida»<sup>6</sup> donde los cambios se suceden vertiginosamente y donde las vinculaciones son débiles y con fecha de caducidad. Quizá también a nosotros nos atenace el temor a estar solos y el desconcierto por ello, y las preguntas acerca de nuestra seguridad y de nuestras necesidades afectivas. «Ahora es tiempo de gracia» (2 Co 6,2), y este vacío, experimentado con dolor y desconcierto, puede ser

---

6. Es interesante la reflexión que hace Zygmunt Bauman en torno a la metáfora de la «liquidez»: Z. BAUMAN, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005.

el largo éxodo que nos lleve a aprender a vivir por dentro y desde dentro, donde somos habitados por Dios. Será tiempo de intentos, de preguntarnos dónde están nuestras raíces, dónde reposa nuestra vida, dónde se colman nuestras necesidades y se serenán nuestras frustraciones. Si somos capaces de sostener las preguntas y corremos el riesgo de responderlas con confianza, a sabiendas de que un Amor Mayor nos tiene en su abrazo, entonces «nuestro desierto se transformará en estanques de agua, y la tierra seca en manantiales» (Sal 107,35).

## 2. Iconos bíblicos para releer la soledad

Muchos de los personajes que pueblan la crónica de nuestros primeros padres y madres en la fe también conocieron el sabor de la soledad, y cuando nos acercamos a ciertos relatos de la Palabra de Dios podemos llegar a tener la sensación de que la Biblia nos lee, y que la historia de salvación que encierran sus relatos y personas son retazos de nuestro hoy, de nuestras luchas y nuestras historias. En Elías, Rut, Noemí y el Geraseno podemos reconocernos, y en sus historias y procesos podemos encontrar claves para vivir los nuestros.

### *Elías* (1 Re 17–19)

*«Solo quedo yo, y me buscan para matarme»*

(1 Re 19,10)

Elías, profeta de éxito, reconocido como hombre de Dios por el pueblo, pero que ve quebrados los cimientos de su existencia cuando se ve amenazado por Jezabel. El fuego de Yahveh, devorador de holocaustos y razón última para pasar a cuchillo a todos los que no están con él y con su Dios, ya no es sustento ni coraje para el miedo que le vence por dentro.

Pero allí donde nos sentimos morir, allí donde experimentamos nuestra vida detenida, Dios sigue empeñado en traernos a la Vida, en alimentar la itinerancia que nos ha de llevar de una vida centrada en la afirmación del propio yo, por encima de todo y de todos, a una vida expuesta y desnuda, fuera de la cueva donde lloramos nuestra fragilidad; de una vida segura a una vida abierta a la interpelación y a la pregunta: «¿Qué haces aquí?»... Ahí, en la confesión de nuestra propia ver-

dad, ese Amor mayor nos toca con suavidad, nos reconcilia con nuestra vulnerabilidad y nos pone de nuevo en camino hacia las existencias vulneradas que pueblan nuestro día a día. Como Elías, y como todo profeta, nuestra vida será alimentada por la pasión por los márgenes y no tanto por la defensa de ideologías sin rostro. «Son los profetas los que nos recuerdan que el grito de desasosiego del ser humano se calma «cuando partes el pan con el hambriento, recibes en casa al que no tiene techo, cubres al que está desnudo y no te apartas de tu semejante. Entonces brotará la luz como la aurora, y tu herida se curará rápidamente» (Is 58,7-8)»<sup>7</sup>.

¿Qué nos diría Elías cuando lo inesperado nos sorprende y echa abajo el perfecto orden sobre el que habíamos establecido nuestra vida, perdiendo el control? ¿Acaso no perdemos también nosotros pie cuando el Espíritu nos invita a ir más adentro en el Misterio de Dios, dejando atrás al dios infantil que sustenta nuestros éxitos, pero que no es capaz de sostenernos en la hora del fracaso?

### *Noemí-Rut* (Rut 1)

*«Colmada partí yo, vacía me devuelve Yahveh»*  
(Rut 1,21)

Mujeres... solas... sin descendencia y sin varón que pudiera procurarles el sustento y la seguridad. «Todo lo que tenían y todo lo que creían desear se ha esfumado. No hay anclas que les den estabilidad, no hay redes de seguridad que las protejan. Ahora, simplemente, dependen de ellas mismas. Y del Espíritu de Dios, que puede hacerles salir hacia adelante a través de un mundo en el que apenas tienen un lugar»<sup>8</sup>.

Mujeres en encrucijada. Aquí la soledad se transforma en espacio de libertad y de decisión. Pueden elegir vivir aferradas a la pérdida y al lugar del despojo, permanecer como Orphá y, como su nombre significa, «dando la espalda» a la novedad que Dios trae siempre.

Me conmueve la capacidad de Noemí de dejar que cada una de ellas tome las riendas de su vida y de su futuro. Mujer anciana y sin

7. J. MELLONI, *Relaciones humanas y relaciones con Dios. El yo y el tú trascendidos*, San Pablo, Madrid 2006, 55.

8. J. CHITTISTER, *Doce momentos en la vida de toda mujer*, Sígueme, Salamanca 2004, 22.

descendencia, podría haberlas atado a sí misma y a su destino y, sin embargo, les da alas para que recorran el camino de libertad que la soledad dispone, transitando de la dependencia a la autonomía; las anima a que sea su propio corazón el que las guíe. Y emociona también la confianza de Rut, «la amiga», que se traduce en adhesión y fidelidad a la palabra y al deseo de Noemí: «Hija, quiero buscarte un lugar donde vivas feliz» (3,1). Para llegar a esa tierra de la promesa, Rut deberá arrojarse primero a la incertidumbre, a lo desconocido, a un Dios mayor que el pequeño dios de su tribu y de su pueblo, a un Dios que le capacita para hacerse una con Noemí y los suyos.

Bien podría ser esta una historia sacada de nuestro hoy, de tantas Noemís que, con dulzura y ternura, alientan la vida y la posibilidad de despliegue de otras mujeres solas; de tantas mujeres mayores sin recursos que miran con perplejidad el futuro... Muchas también podrían tomar el nombre de Rut: extranjeras que con fidelidad cuidan la frágil vida que nace o que se extingue, que con una confianza que va más allá de las posibilidades reales de supervivencia son capaces de dejar por los suyos –allá, en otras latitudes– sus raíces, lo conocido y lo familiar... Y todo amasado en una honda soledad.

### *El geraseno* (Lc 8,26-39)

*«El demonio lo empujaba a lugares despoblados»  
(Lc 8,29)*

Llama la atención que los milagros de Jesús con personajes varones tienen que ver casi siempre con la comunicación. Ellos experimentan el amor sanador de Dios en su mudez, en su ceguera, en la sordera o en otras enfermedades que los mantienen al margen de la vida social y religiosa. Este hombre de Gerasa no solo vivía alejado de los espacios donde la vida puede fluir con normalidad, sino que permanecía en los sepulcros: lugar de muerte.

En una reciente entrevista, Joyce Carol, escritora estadounidense y candidata al Premio Nobel, decía: «Si te alejas completamente de tu hogar, pierdes tu alma»<sup>9</sup>. Hay un hogar físico –que forma parte también

9. J. RUIZ MANTILLA, «Entrevista a Joyce Carol Oates»: *El País Semanal*, Madrid, 5 de Octubre de 2010.



de nuestro hogar interior— que guarda la memoria de nuestra biografía y de nuestras raíces, en el que con dificultades y alegrías hemos ido tejiendo nuestras vinculaciones afectivas más significativas. El endemoniado vive expulsado de ese espacio y, por lo tanto, excluido de la posibilidad de reconciliarse consigo mismo y con todos los que han pasado por su historia... Vive solo y a merced de sus pulsiones más auto-destructivas. Intuye su llamada profunda a la libertad y, por eso, rompe las cadenas y grilletes con que trataban de contenerlo, pero no encuentra el modo, ni quién le acompañe en ese camino de vuelta a casa. Jesús se acercará a él y le preguntará por su nombre —«Sé que existo, si me nombras tú», dice una canción de Ana Belén—, y en esa tarea de nombrarse y de reconocerse, aunque sea torpemente, se abrirá la brecha de la gracia y de la transformación.

También nosotros perdemos nuestra «alma», expuestos a la «le-gión» de estímulos que nos rodean, a las distintas fuerzas interiores que tiran de nosotros tantas veces en direcciones opuestas, y al alejamiento creciente de nuestra identidad más profunda. También Jesús nos ofrece la oportunidad de dejar de vagar por la superficialidad para entrar en la hondura de nuestra vida, para reconciliarnos con nuestra historia y para ser capaces de comunicarnos sin miedo. Y renacidos de una soledad llena de sentido, de encuentro y de presencia, podremos acercarnos a otros, ayudarles a nombrarse y a decirse a sí mismos con confianza y a recuperar los registros desde los que vivir con dignidad.

El geraseno es memoria inquieta de tantos otros que viven expulsados de nuestras sociedades de bienestar, en las cunetas de las autopistas que hemos creado hacia el progreso, carentes de rostro y de nombre. Sus existencias no deberían pasarnos desapercibidas: quizá podamos ser humildes mediaciones para devolverles al lugar del que un día se alejaron.

### **3. De la soledad padecida a la soledad abrazada**

Hay una soledad buscada, pero hay otra soledad que padecemos con dolor y a la que pueden habernos llevado las circunstancias vitales y personales. La mayoría de las veces no elegimos vivir en soledad, pero sí está en nuestra mano decidir cómo queremos vivirla y cómo que-

remos llenarla; cómo disponernos para que ese lugar desértico pueda ser transformado en tierra de gracia.

A menudo somos sujetos pasivos de la vida y asistimos como espectadores a lo que acontece. Pero nadie que quiera vivirla con seriedad escapará de ese momento de lucidez en el que tomamos conciencia de que solo nosotros podemos vivir nuestra vida, ser protagonistas de ella, dejando que Otro nos tome la delantera y vaya abriendo senderos y caminos, pues ÉL nos dice: «Yo voy delante de ti» (Is 52,12).

El primer paso al que seremos llevados será el de la reconciliación. La soledad no es otra cosa que experimentar la carencia que nos configura. Llamados a la plenitud, experimentamos también la herida, los límites, nuestra incompleción. Nos cuesta sabernos amados incondicionalmente en nuestra pequeñez.

En la soledad, la carencia quizá tenga rostro de personas concretas o de un tiempo que pasó, y vivimos atrapados en esa nostalgia o en el lamento de un presente vacío y desafortunado. Entonces dejamos de darnos cuenta de que lo único que hacemos es elevar los muros que nos aíslan de las personas y de la realidad, del tu/Tú en quienes nuestra carencia puede plenificarse. Para reconciliar será necesario nombrar, reconocer, experimentar cómo nuestra herida se convierte en lugar teofánico y de luz. Tal vez entonces podamos confesar, tras un tiempo de lucha, que «antes te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (Jb 42, 5).

Reconciliados con nosotros mismos, nuestra soledad ya no será alimentada por el vacío, sino por el deseo de comunión; no será ya más refugio que nos protege de los demás, sino que nos acercará al otro, en cuyo rostro Dios toma cuerpo y se hace presente, y nuestra intimidad se transfigurará en un lugar habitable y amable, donde la vida y los que pasen por ella resonarán trayéndonos el eco de Dios. Tomaremos agradecidamente la vida del otro, sin devorarla y dejando atrás ese impulso inconsciente, que tan a menudo nos asalta, de hacer de los demás una respuesta a nuestras muchas necesidades.

Y aunque este proceso sea gracia, tampoco se improvisa. Nuestra tierra tendrá que ser alimentada, y nuestra soledad nutrida. Muchas veces corremos tras la última novedad o tras el «gurú» de turno; y está bien confiar en las mediaciones, pero las transformaciones más hondas se realizan en la simplicidad del día a día, en la pobreza de nuestra vida cotidiana y en los elementos que esta nos regala. Nos podemos pre-

guntar qué hacemos con ese tiempo dilatado que la soledad dispone para nosotros: ¿Huimos o encaramos con confianza las preguntas que tocan al sentido más hondo de la vida: dramática “¿Quién soy? ¿Qué me ha traído hasta aquí? ¿Desde qué identidad vivo y me doy?”?». Ojala que en el despojo experimentado podamos abrimos a la Palabra que nos dice con amor y que nos envía –más allá de nuestras resistencias, de nuestros miedos y de nuestras corazas– a ser para los demás receptividad, donde la vida se nos devuelve hermosa y buena a pesar de estar herida.

#### 4. Disposiciones para transitar nuestras soledades

Mucho aprovecharía entrar en este itinerario que nos ha de llevar del vacío a la plenitud, de nuestra vida replegada a la anchura, «con grande ánimo y liberalidad con Dios, ofreciéndole todo nuestro querer y libertad»<sup>10</sup>, como diría San Ignacio de Loyola. Y en esta docilidad dejarnos hacer por la acción de tres verbos que transformarán la semilla buena en árbol frondoso donde otros puedan cobijarse

##### *Silenciar*

¡Cuántas veces repetimos ese gesto...! Llegamos a casa tras una jornada de trabajo y encendemos la tele «para que nos haga compañía», decimos, o nos sentamos delante del ordenador y «viajamos» sin rumbo y en cuestión de segundos al otro lado del planeta. Nos dejamos bombardear por una información sin filtros, y acabamos nutriendo nuestra soledad de vidas ajenas, olvidando que las raíces de nuestro árbol están plantadas junto a aguas caudalosas y buenas (Sal 1).

El silencio nos incomoda, porque exige de nosotros cierta pasividad a la que no estamos acostumbrados; pero cuando «callamos» desde dentro, se silencia nuestro ego, todas nuestras hambres y nuestras codicias. Entonces la soledad va disponiendo en nosotros un espacio precioso para la interioridad. En ese gran silencio, en el encuentro desnudo con lo que somos, con nuestra verdad, contactaremos con Aquel

---

10. EE [5]

de quien recibimos el aliento, y lenta y agradecidamente, acallados ya todos los ruidos, nuestra vida se tornará compromiso, ofrenda y entrega. Porque, como decía C. Kaufmann, «nuestra interioridad consiste en estar dentro de la Realidad, la vida nos abraza, le verdad nos sustenta, el amor nos hace ser»<sup>11</sup>. El silencio y la interioridad son lugares de paso necesarios y obligados que nos han de llevar de la soledad a la comunión, pues ahí aprendemos a acoger nuestro latido más profundo y a escuchar el gemido del Espíritu en los gritos y en los cantos de nuestros hermanos y hermanas... Será la música callada en la soledad sonora...

### *Permanecer*

Vivimos en un tiempo de cambios rápidos. Casi todos los productos que consumimos son desechables, y lo de ayer hoy ya está desfasado y pasado de moda. Permanecer pacientemente podría parecer contracultural. Y cuando la soledad nos acecha, la tentación es la de emprender una huída hacia adelante, lejos de nosotros mismos y de ese lugar de vulnerabilidad, «consumiendo» nuevas experiencias que tapen ese vacío. «Necesitamos ser iniciados en los ritmos secretos e inmanipulables de la vida [...], en esos tiempos pacientes que nos preparan para acoger la realidad allí donde las personas y los acontecimientos se nos muestran en su verdad y transparencia»<sup>12</sup>.

No será fácil sostener este tiempo, mantener el pulso, a rostro descubierto, con las circunstancias que nos han llevado hasta aquí. Pero permanecer en fidelidad al tiempo de los dolores y del parto nos llevará a gustar con alegría la presencia cierta e inasible de Dios, que irrumpe en lo escondido de este tiempo y de este momento llenándolo de luz y de presencias. Entonces podremos hacer memoria agradecida del camino que nos ha llevado de la desolación a la comunión. Y permanecer pacientemente junto a nosotros mismos nos llevará a permanecer junto a los vulnerados de nuestro mundo, a quienes tal vez tenemos muy cerca, con la firme convicción de que ellos también son llevados con amor.

---

11. C. KAUFMANN, *La transparència de l'Invisible (1)*, Claret, Barcelona 2007, 97.

12. M. LÓPEZ VILLANUEVA, *Un amor al fondo. Mujeres que arriesgan y bendicen*, San Pablo, Madrid 2005, 33-34.

## *Desplegar*

¿Quién no recuerda aquellos bichitos de bola con los que tanto nos gustaba jugar cuando éramos niños? En cuanto uno los tocaba, se cerraban automáticamente sobre sí mismos, y así permanecían hasta que se sentían fuera de peligro. Son como aquella mujer encorvada del Evangelio que vivió dieciocho años replegada sobre sí (Lc 13,10-17). Cuando nuestra vida es tocada por la herida de la soledad, nuestra tentación es esa: replegarnos sobre nosotros mismos, reservarnos, protegernos, proyectar en los otros nuestro dolor. Pero el dinamismo de Jesús y de su Espíritu es otro: nos toca con ternura, desata nuestros miedos y nos libera de la sensación de andar pidiendo permiso; nos llama a liberar nuestra energía, los dones recibidos, desde la conciencia de nuestra fragilidad, pero también desde la urgencia de que algo de Dios no será dicho si no lo hacemos nosotros.

Muchos registros de nuestras vidas permanecen dormidos y aguardan a ser expresados; toda la bondad que nos habita espera a desplegar... ese rostro de Dios que solo cada uno de nosotros puede encarnar y hacer concreto. En este viaje de vuelta a casa, que la soledad posibilita, quizá descubramos la perla preciosa que nuestra tierra esconde y que hace rica y valiosa nuestra existencia.

La bendición que se nos va regalando no es solo para nosotros, que, heridos de soledad, somos enviados a aquellos que padecen soledades, sino para desvelar y alumbrar también en ellos una Presencia Amorosa.

Y en este largo éxodo descubriremos, al final, que nuestra vida es portadora de otras existencias, que nuestra soledad nunca es una soledad vacía, porque formamos una unidad misteriosa con cada creatura y con cada ser humano en este mundo preñado de Dios.



FRANCESC RIERA, SJ

**El Evangelio de Mateo – 2**

*(Mt 21,1 – 28,20; 1,1 – 2,23)*

192 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 15,00 €

En este segundo volumen sobre el Evangelio de Mateo, que concluye por donde empieza el evangelio: por la infancia, sorprende que la «Luz» sea percibida, no por los sabios de Israel, sino por los sabios paganos, buscadores del trasfondo sutil de la realidad que escrutan los signos de su tiempo. Descoloca también descubrir que el Hijo de Dios quedó marcado desde la infancia por la emigración forzada, con todas las dificultades que en el siglo XXI vemos por doquier.

## RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

### ***El foro social de las migraciones de Quito, una experiencia de trabajo en red***

Delegación de Acción Social.  
Provincia de Castilla, SJ

En las aportaciones que hemos presentado todos estos años en este espacio, hemos pretendido siempre ofrecer una mirada que, desde la experiencia y el encuentro cercano, nos ilumine hacia una reflexión teológica, social y espiritual de las realidades de pobreza, marginación e injusticia que nos encontramos en nuestra vivencia cristiana. Hemos querido conciliar la preocupación del día a día con la mirada que se interroga por implicaciones más extensas y globales. Por eso muchas de ellas han estado orientadas a abrirnos al trabajo junto con otros, a entender las redes como un modelo que amplifica, potencia y revaloriza lo que hacemos en todos los campos. Un modelo que hace posible acompañar, servir y defender al que está postrado en los bordes de los caminos de esta historia nuestra. Al que grita y no se le escucha, al que grita y ante el que se pasa de largo, al que grita y se encuentra con la indiferencia, o al que grita y se siente atendido de un modo paternalista y que no reconoce su dignidad.

Una temática que ha ocupado muchas de nuestras líneas ha ido dirigida a las diferentes problemáticas que afectan a los migrantes. Por eso, en esta última aportación de este año queremos ofrecer una experiencia reciente de encuentro en torno a la problemática migratoria que nos ayude a entender la potencialidad del trabajo en red para la lucha contra las causas de las injusticias.

En los primeros días de octubre de 2010, del 8 al 11, tuvo lugar en Quito (Ecuador) el Foro Social mundial para las migraciones, con el lema «Pueblos en movimiento hacia una ciudadanía universal. Derribando el modelo, construyendo actores». Participaron 1.500 personas de todos los continentes y estuvieron presentes 30 organizaciones a nivel mundial.

A lo largo de estos días, entre talleres, seminarios y exposiciones, se desarrollaron más de 100 actividades y propuestas agrupadas en torno a cuatro ejes temáticos: a) crisis globales y flujos migratorios; b) derechos humanos y migración; c) diversidad, convivencia y transformaciones socioculturales; d) nuevas formas de esclavitud, explotación humana, servidumbre.

Unos días antes, un grupo de más de cien participantes de este Foro, pertenecientes a 29 países de los cinco continentes, se reunieron previamente en un encuentro en el que diversas entidades jesuíticas y la familia ignaciana comprometida con la causa de las personas migrantes abordaron temas internos y mesas de debate en torno a un análisis de la realidad, tanto desde el punto de vista temático como desde el punto de vista geográfico. A partir de ahí, el grupo trabajó para reforzar el lanzamiento de una red global jesuítica de incidencia pública sobre las migraciones, deliberando sobre los modos de articulación y sobre los temas prioritarios. Concretamente, dos parece que serán los ejes comunes de acción: por un lado, las causas estructurales de la migración; por otro, las políticas represivas de los Estados y la violación de derechos humanos en territorios de frontera.

Este encuentro internacional pone de relieve que el desafío de las migraciones es un fenómeno cada vez más globalizado, el cual exige una respuesta articulada a nivel mundial; que es central en todo trabajo con migraciones destacar el derecho de toda persona a vivir, trabajar y realizarse humanamente y en plenitud en su lugar o país de origen. Pero cuando ello no es posible, también enfatizamos el derecho a buscar mejores condiciones de vida fuera de su lugar de origen, bien sea atravesando alguna frontera internacional, bien sea dentro de su propio país.

Un encuentro que constata estas denuncias:

- Cualquier forma de violación de los derechos humanos de personas migrantes.



- La estigmatización mediática y social y la criminalización por parte de los Estados de la migración irregular.
- La negación sistemática por parte de muchos Estados a otorgar la debida protección internacional a solicitantes de asilo y refugio, lo cual les deja en situación de extrema vulnerabilidad.
- Las políticas migratorias restrictivas, que se centran en detención, deportación y control fronterizo.
- El consecuente fortalecimiento de redes de trata y tráfico de personas, muchas veces vinculadas a la corrupción e impunidad estatal.
- El modelo de desarrollo desequilibrado, promovido por corporaciones multinacionales, que prioriza el mercado por encima del desarrollo humano y que tiene como consecuencias:
  - a) La destrucción medioambiental y la extracción de recursos naturales, forzando el desplazamiento de poblaciones enteras.
  - b) La explotación laboral de personas migrantes.
  - c) La vulnerabilización particular de mujeres y menores de edad.

En este encuentro se pidió la ratificación universal de la Convención internacional de 1990 sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares. También se demandó la protección internacional efectiva de solicitantes de asilo y refugio; la necesidad de políticas migratorias integrales e incluyentes que aborden no solo la migración laboral, sino también sus dimensiones cultural, social, religiosa y política; y la protección de los derechos de las personas, independientemente de su estatus administrativo migratorio, con particular atención a sectores vulnerables, como mujeres y menores de edad. Finalmente, se demandó el respeto al derecho de los pueblos indígenas sobre sus tierras y recursos.

Este deseo de crear una red migratoria se basa en el compromiso de un modo de trabajo común partiendo del acompañamiento directo, para reflexionar sobre temas prioritarios, para hacer frente a la estigmatización y criminalización de las personas migrantes y para incidir en políticas migratorias más justas y humanas. Está inclinada a cola-

borar con otras instituciones y organizaciones que tienen una misión afín a la nuestra y a potenciar la solidaridad y colaboración Norte-Sur y Sur-Sur para buscar políticas migratorias y modelos de desarrollo más justos.

Un deseo profundo nos une a todos: lo que Jesús nos enseñó a orar («Padre Nuestro»). Como jesuitas y colaboradores trabajando con y para personas migrantes, refugiadas y desplazadas, creemos en un mundo más inclusivo en el que todos los hijos e hijas de Dios puedan vivir en justicia y fraternidad.

Finalmente, podemos percibir que el migrante es un peregrino que habita el mundo sin buscar prevalecer, anidando en la tierra de todos, pero sintiéndose en tierra de nadie. Una tierra de nadie que, para poder ser habitada, necesita estar impregnada de hospitalidad, de porosidad, de silencio... a fin de poder escuchar a los otros sin prejuicios, sin amos ni barreras. Nuestra historia se irá tejiendo a través de relatos que escribirán generaciones futuras. Una historia compartida y habitada por Dios, que seguirá acompañando procesos y protagonizando verdaderos encuentros, de esos que nos hacen saltar por encima de nuestros prejuicios, de esos que marcan la vida y engrandecen el alma.



Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID  
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243  
E-mail: socialcas@jesuitas.es

## «EL SACERDOTE Y...»

### **Sacerdocio y Vida Religiosa**

José Ignacio GARCÍA JIMÉNEZ, SJ\*

Hablar de sacerdocio está hoy de moda, pero hablar de vida religiosa no. O, mejor dicho, hoy se habla muy bien del sacerdocio, y bastante mal de la vida religiosa. La revalorización del sacerdocio es probablemente consecuencia lógica del reciente año consagrado al sacerdocio por el papa Benedicto XVI, un tiempo en el que se han promovido encuentros, investigaciones y congresos para destacar la figura sacerdotal. Hablar mal de la vida religiosa tiene otro origen, y sus intenciones son intelectualmente muy poco estimulantes<sup>1</sup>. Al hablar de sacerdocio y vida religiosa existen varias alternativas. Una puede ser la de querer redimir a la vida religiosa por su contribución a través de las comunidades monásticas, centros de vida espiritual y oración (ciertamente, un bien para la Iglesia; lo demás sería prescindible). Otra posibilidad puede ser insistir en todo lo malo que ha hecho la vida religiosa en la vida litúrgica, y me permitirán que no siga este camino, pues ya hay bastantes que se encargan de ello y, por cierto, con bastante inquina.

\* Director adjunto de la «Oficina Católica de Información y de Iniciativa para Europa» (OCIPE), Bruselas. <jignacio@jesuitas.es>.

1. José Cristo Rey García Paredes acaba de publicar este interesante «post» en el blog <masdecerca.com>, dedicado a tratar cuestiones de vida religiosa: «Les ha entrado la manía de hablar mal de la vida religiosa», en línea: <http://www.masdecerca.com/2010/11/j-c-r-garcia-paredes-les-ha-entrado-la-mania-de-hablar-mal-de-la-vida-religiosa> (Consulta, el 10 de noviembre de 2010).

Como en todas las relaciones en tensión, ni una fácil integración de los dos polos ni la anulación de uno de ellos para conceder todo el sentido al otro terminan por dar luz a la relación. Profundizar en cada uno de los elementos en cuestión, sin querer obviar la tensión, puede ayudarnos a reconocer mejor lo que está en juego, a respetar cada posición y, en nuestro caso, tal vez, a crecer en una mirada que ayude especialmente a los que comparten la doble condición: ser sacerdotes y religiosos<sup>2</sup>.

Al tratar este tema de sacerdocio y vida religiosa surgen inmediatamente dos grandes dificultades. Una, de orden teórico; la otra, de orden práctico. En el plano teórico destaca la escasez de tratamiento del sacerdocio de los religiosos-sacerdotes en los textos oficiales. La mayoría de estos documentos han descrito la vocación del sacerdote diocesano, pero han obviado o minimizado la existencia del religioso-sacerdote. Así, parecería que el modelo acabado de sacerdote es el sacerdote diocesano, y que lo demás es imperfecto (o es tanto mejor cuanto más se parezca a dicho modelo). Obviamente, la falta de descripción del modo sacerdotal al que nos acercamos no oculta la experiencia de siglos de religiosos que son ordenados sacerdotes; pero, efectivamente, es una dificultad añadida cuando no se dispone de una reflexión autoritativa sobre esta cuestión.

La otra dificultad, la más frecuente y la más estereotipada, la constituyen las relaciones entre la vida religiosa y la iglesia local. Y esto sí que daría para llenar muchas páginas. Del lado de las iglesias locales se nos recrimina a los religiosos que actuamos de forma paralela, segregada, centrada en nuestras instituciones y ajena a las necesidades diocesanas. Desde la vida religiosa lamentamos ser tan poco conocidos, que no se cuente con nosotros, tal vez apreciados por lo que hacemos (educación, servicios sociales o sanidad), pero no por lo que somos, por nuestra opción de vida. Por supuesto que esta dificultad de orden práctico no es universal y que admite muchos matices, pero indudablemente casi todos podemos sentirnos reconocidos de alguna manera en ella.

- 
2. Este artículo debe mucho a la publicación *Ministros ordenados religiosos. Situación-Carisma-Servicio*, que recoge las contribuciones al II Simposio del Instituto Teológico de la Vida Religiosa de Madrid, celebrado en 2010, y con excelentes contribuciones, entre otros, de A. Bocos Merino, S. Del Cura y J.C. R. García Paredes.

Pero, como sucede en tantas cosas, la vida ordinaria es mucho más pacífica. Las congregaciones religiosas, en general, contribuyen a fortalecer a la Iglesia particular aportando sus carismas peculiares; y las Diócesis van ampliando sus campos de coordinación, como sucede en la enseñanza de la religión o las catequesis. A nivel parroquial, y también debido a la disminución del número de sacerdotes, la colaboración se intensifica, y en algunos lugares los religiosos tienen una importante presencia. Los celos y las incomprensiones existen; la colaboración y la confianza también. Todo se hace más comprensible cuando lo miramos en la perspectiva de la inserción de los carismas en la vida de las Iglesias locales. Son dos dinámicas diferentes, pero llamadas a colaborar por la acción del Espíritu Santo. Y eso es lo que funda la confianza mutua.

## **1. El sacerdocio no es el centro de la vida religiosa**

El sacerdocio ministerial, el orden sacerdotal, no es el centro de la vida religiosa. Aunque sea solo por una cuestión estadística. Si en el mundo hay unos 940.000 religiosos y religiosas, tan solo unos 135.000 de ellos son sacerdotes. El ochenta por ciento de la vida religiosa, que es femenina, no puede acceder al sacerdocio, y otro cinco por ciento lo forman varones no sacerdotes. Luego, dentro de la vida religiosa, solo una pequeña proporción (el quince por ciento) está formada por varones que han recibido el sacramento del orden.

Es comprensible que desde la vida religiosa el sacerdocio no sea una preocupación central. Para las congregaciones femeninas, porque, sencillamente, no entra en su horizonte de posibilidad (igual que en los institutos laicales). La encarnación en cada momento concreto del carisma congregacional, la asunción radical y constituyente de los consejos evangélicos, el cultivo de una vida de oración que nutra el espíritu y sostenga el resto de las dimensiones de los religiosos y religiosas, el desarrollo de una vida en común que haga vivo el carisma y sirva de testimonio para los que nos conocen, y los continuos discernimientos para adaptar nuestros compromisos apostólicos a la evangelización de nuestro tiempo están más presentes en el corazón de nuestras preocupaciones que el servicio del ministerio ordenado.

La vida litúrgica de las comunidades es una zona de contacto entre la vida religiosa y el sacerdocio ministerial. Mientras que en las comunidades monásticas y apostólicas la liturgia de las horas es uno de los centros neurálgicos de su vida espiritual y en común, para el sacerdote —especialmente el diocesano— es momento de oración personal. Es el Espíritu presente en nuestros corazones el que vincula la cadencia de los salmos que resuenan en coros y capillas y la silenciosa oración del sacerdote. Además, muchas comunidades celebran la eucaristía en sus capillas u oratorios, y en ellas el sacerdote, el capellán, refuerza con su presencia y acción la dimensión eclesial de la celebración; no es una liturgia privada, es vida de la Iglesia en su signo mayor de comunión. Y hoy también muchas comunidades religiosas celebran la eucaristía con la comunidad parroquial donde residen, lo cual añade un valor especial, porque su presencia testimonia el deseo de una vida religiosa que comparte la fe con los otros creyentes.

Más interesante es el continuo movimiento desde las congregaciones religiosas hacia las parroquias para realizar verdaderas funciones de «sustitución» de los párrocos. En muchos lugares, en zonas rurales y urbanas, la gran disminución de sacerdotes ha hecho que numerosos religiosos y religiosas, no ordenados, se hagan cargo de la vida pastoral de las parroquias. Acompañar la vida comunitaria, celebrar la liturgia de la palabra dominical, celebrar exequias o preparar para recibir los sacramentos forman parte de la nueva responsabilidad. Algo que parecía reservado a la vida de los religiosos misioneros se ha convertido en algo habitual para muchos de nuestros hermanos y hermanas.

Que el sacerdocio no sea el centro de la vida religiosa no quiere decir que no estén comunicados. O como receptores del servicio ministerial, o como colaboradores del mismo, los religiosos y religiosas están ligados fuertemente con el sacerdocio ministerial. Primeramente por la eucaristía, de la que participan como fuente que es de la vida sacramental de la Iglesia, y después por el servicio compartido a la comunidad cristiana. El deseo sincero de fidelidad a los carismas originarios, laicales en muchos casos, solo sirve para poner de manifiesto que la acción del Espíritu en la Iglesia ha abierto numerosas posibilidades para anunciar el Evangelio.

## 2. Hay vida religiosa que sí tiene el sacerdocio en su centro

Comenzamos con un pequeño apunte sociológico. Si en el mundo hay algo más de 400.000 sacerdotes, 135.000 de ellos son religiosos. Es decir, un tercio de los sacerdotes del mundo pertenecen a institutos de vida consagrada. Este dato nos tiene que ayudar a desdramatizar la situación: una buena parte de los sacerdotes de la Iglesia Católica ejercen su ministerio en el marco de su vinculación a un instituto de vida consagrada; por tanto, su relación con la Iglesia es primariamente a través de sus superiores y, secundariamente, en colaboración con los ordinarios locales. En algunas diócesis, la proporción es mucho mayor, y buena parte del clero pertenece a algún instituto religioso. Con esto queremos proponer que, aunque en algunos momentos el par religioso-sacerdote esté sometido a tensión, en general, la vida de la Iglesia disfruta de esta doble pertenencia, y es solo en situaciones concretas cuando aparecen las dificultades. Esto no significa que todo esté bien o sea ideal, pero sí que la mirada debe ser suficientemente equilibrada.

Las congregaciones clericales nacieron destinadas a convocar a sacerdotes, religiosos sacerdotes, que viviendo bajo obediencia de sus superiores, y no de los obispos, sirvieran al pueblo de Dios como ministros ordenados. Obviamente, para estas congregaciones el centro, el núcleo de su vida religiosa, sí está en el sacerdocio. Su carisma les invita a prepararse para la ordenación y recibir el sacramento de manos de un obispo. Muchas de ellas también tienen religiosos no ordenados, pero la fuerza de su actividad apostólica está en el hecho del servicio presbiteral.

Evidentemente, este es el tipo de vida religiosa, y de sacerdocio, que despierta más preguntas y dificultades. El religioso sacerdote descubre en sí una doble realidad que es positiva y le impulsa para su vida. Su condición de religioso le vincula a una tradición viva. En ella se ha formado, ha madurado humana y espiritualmente, y de ella recibe la misión. El religioso es ordenado por el obispo, y en esa misma ceremonia le promete obediencia; pero se la promete igualmente a sus superiores legítimos. El religioso encarna su sacerdocio en la tradición viva que es su congregación religiosa, en los orígenes carismáticos, en su devenir histórico y en las comunidades y obras concretas que su congregación mantiene. Desde el momento de su ordenación, el religioso añade a su compromiso por el seguimiento del Señor el ministerio ordenado, que le capacita para presidir la asamblea eucarística, le

permite ofrecer el perdón sacramental de los pecados y le constituye en colaborador próximo de los obispos allá donde se encuentre. La ordenación no compite con la profesión de los votos, no los diluye, no los convierte en algo adjetivo: los votos siguen siendo sustantivos para el religioso. En sentido inverso, los votos, la vida religiosa, no instrumentalizan el sacerdocio, no lo convierten en una herramienta pastoral, no significan una capacidad mayor para el trabajo apostólico (menos aún un rango eclesiástico). El sacerdocio conforma al religioso para servir a la comunidad, especialmente a través de la administración de los sacramentos; y, más en concreto, actualizando el misterio de la muerte y resurrección de Jesús en la Eucaristía.

Lo que es cierto es que, si solo consideramos un modo de ser sacerdote, el propuesto como sacerdote diocesano, concretamente el párroco, entonces las relaciones sí resultan más complejas. Entre los religiosos presbíteros, solo una minoría está dedicada al trabajo parroquial; el resto despliega una actividad formidable: el ministerio de la palabra a través de retiros, ejercicios espirituales, el trabajo en educación, la reflexión teológica, el trabajo social, los medios de comunicación, el trabajo manual, el trabajo en misiones... Prácticamente en cualquier actividad podremos percibir la presencia de religiosos presbíteros. Y, efectivamente, muchas de estas labores tienen poco que ver con la actividad del sacerdote en una parroquia. Pero no podemos rebajar en nada su condición sacerdotal, porque compartimos el sacerdocio común de todos los fieles, y toda nuestra vida está marcada por esa llamada a ofrecernos en cualquier cosa que realicemos. Por eso, este sacerdocio común es el que confiere la categoría de sacerdotal a todas nuestras acciones movidas por el deseo de seguir la voluntad de Dios (igual de sacramental que un sacerdote diocesano que da clase o escribe un artículo).

El ejercicio ministerial está vinculado a la celebración de los sacramentos. La pregunta es si es posible ser sacerdote sin que la celebración del culto, la atención pastoral o la vida litúrgica ocupen toda la actividad. Y la respuesta es que sí, por supuesto: el sacerdote puede ser profesor, investigador en un laboratorio o jardinero. Lo que no puede faltar en la vida del religioso presbítero es la eucaristía; no solo la mística de que toda la vida está ordenada a la eucaristía como ese omega, destino de toda la realidad conducida por el amor de Dios, sino la eucaristía participada, el encuentro comunitario, la celebración habitual del misterio pascual. La eucaristía celebrada en diferentes contextos: la



iglesia de renombre en el centro de nuestras ciudades, o la capilla de barrio, la celebrada con la comunidad, temprano al comienzo de la jornada, o la que se celebra por la noche con el grupo de matrimonios al que se acompaña, el funeral del compañero de trabajo o la sustitución del capellán de la cárcel. Todas y cada una de ellas contribuyen a que el religioso presbítero integre su doble realidad.

### 3. La Eucaristía diluye las diferencias sacerdotales

La teología reciente ha aclarado mucho la participación común de todos los creyentes en la dignidad sacerdotal. Como recuerda el cardenal Vanhoye, «el Nuevo Testamento nos muestra con toda claridad que, gracias al sacrificio de Cristo, todas las barreras existentes entre el pueblo y su Dios han sido destruidas. Todos estamos, en consecuencia, llamados a acercarnos, con confianza y sin miedo, hasta Dios. Todos los creyentes tienen este derecho, que antiguamente estaba reservado al sumo sacerdote. Más aún, tienen un privilegio mayor. En efecto, el sumo sacerdote no podía entrar en el santuario libremente, sino tan solo una vez al año, y durante una ceremonia de expiación (Lv 16,2; Heb 9,7). Ahora, por el contrario, todos los cristianos disfrutan de este privilegio sacerdotal»<sup>3</sup>.

Si la experiencia cristiana nos abre radicalmente a la experiencia de Dios, ¿cómo establecer diferencias no previstas entre presbíteros? ¿Por qué añadir límites o diferencias cuando precisamente la muerte y la resurrección de Jesucristo han eliminado esas barreras? Lo que constituye la fuente del sacerdocio, ministerial y común, es la unión radical con Cristo. Todos, sacerdotes y laicos, compartimos ese mismo sacerdocio por la unión con Cristo, por el compromiso y entrega de nuestras vidas. Este es el único y verdadero culto. El ministerio ordenado es signo de la mediación de Cristo; no la suplanta, no la puede sustituir, solo la señala, la hace visible en medio de la comunidad. Y al mismo tiempo, al ponerse al servicio del sacerdocio común de todos, al ponerse al servicio de la comunidad, es cuando se da sentido pleno al hecho de ser signo de la mediación de Cristo.

---

3. C.M. MARTINI – A. VANHOYE, *La llamada en la Biblia*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1983.

Así el presbítero, diocesano o religioso, realiza su ministerio como sacramento del amor de Cristo. Para ello celebra los sacramentos y anuncia la Palabra. Especialmente en la Eucaristía se hace visible que no hay dos modos, diocesano y religioso, de ser sacramento de la mediación de Cristo. La imagen es clarificadora: revestido en el altar, no hay dos modos de ser sacerdote, no distinguimos al diocesano del religioso. Al celebrar la eucaristía se representa la realidad más profunda del ministerio sacerdotal: actualizar el misterio pascual en y con la comunidad.

Desde la Eucaristía podemos reconstruir nuestro ser sacerdotes, también como religiosos. Como sucede en la celebración eucarística, no participamos en ella como entes abstractos, sino como personas reales implicadas en la vida. Todo –nuestros trabajos, nuestras tareas profesionales...– se pone ante el altar como la ofrenda vital que es. Durante el día hemos ejercido nuestro sacerdocio común, como el de todos los fieles, como el de todos los creyentes que ofrecen su vida al Señor, que es el único sacrificio agradable a Dios: dando clase, preparando un artículo, atendiendo a un enfermo, entrevistando a un usuario de los servicios sociales, acompañando espiritualmente (toda la vida ordinaria de un religioso, en sus mil posibilidades)... Es la práctica cotidiana de los consejos evangélicos, nuestros votos puestos en juego cada día, sin mucha retórica, con la fuerza extraordinaria de lo cotidiano. Y con esta misma energía, al celebrar la eucaristía, el religioso presbítero pone, ahora sí, su ministerio al servicio de la comunidad. Su acción se convierte en signo del único mediador, y la celebración se convierte en germen de comunión con toda la Iglesia.

La Eucaristía es lugar por excelencia para reconocernos presbíteros, diocesanos y religiosos, pues en ella anunciamos la Palabra y creamos comunión. El anuncio de la Palabra nos permite transmitir toda la fuerza del evangelio: la presencia del Reino de Dios, que se ha hecho visible en Jesucristo. En cada Eucaristía, nuestra propia trayectoria personal queda condensada en torno a la palabra del Señor. Es Él quien nos ha convocado; a uno lo llevó a un seminario, y a otro a un noviciado, para anunciar el santo Evangelio. Conocer, comprender, vivir y comunicar la Palabra: ese es el reto para cada uno de nosotros. En el anuncio de la Palabra se muestra toda nuestra capacidad de compromiso vital, nuestra debilidad al constatar la distancia entre lo que anunciamos y lo que vivimos y el horizonte al que nos sentimos comprometidos.

En la eucaristía distribuimos la comunión, pero no solamente aproximamos al creyente a Dios, sino que ayudamos a construir comunión, comunidad, cuerpo de Cristo. En cada eucaristía edificamos el gran edificio de la Iglesia viva. La tentación es la de promover *mi* grupo, *mi* parroquia, *mi* comunidad. Nuestro ministerio ordenado, en cada eucaristía, es ocasión para recordar que estamos al servicio de la Iglesia, de toda la Iglesia. Somos administradores, no dueños del sacramento. Este movimiento hacia la comunión es hoy muy necesario (demasiadas divisiones, demasiados enfrentamientos dentro de la Iglesia). La comunión es un ejercicio de sincero reconocimiento mutuo, y la reconciliación es tarea primordial del ministro ordenado.

Así pues, en la Eucaristía encontramos la referencia más importante para nuestro ser sacerdotal. Nuestro modelo, como religiosos presbíteros, no es el presbítero diocesano, sino la Eucaristía, memoria de la pasión y resurrección de nuestro Señor. La celebración de los sacramentos, con la Eucaristía como piedra angular, es la escuela viva donde descubrimos las implicaciones de nuestro ministerio ordenado. Al celebrarlos, ejercemos nuestra condición sacramental y, junto con ellos, nos vamos conformando personal, y también comunitariamente, a lo que la Iglesia espera de nosotros.

#### **4. El sacerdocio configura la vida religiosa**

La centralidad de la Eucaristía para la identidad del sacerdocio ministerial nos puede ayudar a reconstruir la figura del presbítero religioso. Desde la Eucaristía y desde la celebración de los otros sacramentos, recibimos importantes elementos inspiradores que pueden ayudarnos en nuestro seguimiento del Señor como religiosos.

En primer lugar, estaría la dimensión celebrativa. La celebración litúrgica nos pide prestar atención a los signos, asegurarnos de que sea celebración de la Iglesia, de que no sea la rutina la que termine venciendo, sino que estemos siempre abiertos a la novedad del espíritu de Jesús resucitado. También la dimensión de celebración nos recuerda que es un encuentro abierto, que no podemos vivir encerrados en nuestras comunidades, atendiendo a los grupos de siempre. La Eucaristía es celebración misionera, es anuncio. Nuestras liturgias deben abrirse, convocar, nunca excluir.

La segunda dimensión eucarística que merece ser reseñada es la donación. En el banquete pascual, Jesús se entrega incondicionalmente, sin reservas. Nuestros votos no son un paso que damos un día y que justifica todo lo que venga detrás; los votos son dinámicos, en el sentido de que pueden verse difuminados (o también engrandecidos) en el transcurso de la vida. La eucaristía nos da ese horizonte al que deben orientarse nuestros votos: la entrega total y radical, como la de Jesús. Solo en esa dinámica adquieren todo su sentido. La eucaristía es memoria viva de nuestra misma oblación. No nos entregamos a una causa abstracta, a un carisma que fue una intuición en algún momento del pasado. Nuestra vida religiosa crece, se esfuerza, sufre y goza en ese movimiento de seguimiento del Señor, implicando en ello todo lo que somos, todas nuestras capacidades personales e institucionales. Seguimos a Jesucristo resucitado, y Él sí merece la entrega plena, según nuestra propia tradición.

Por último, la Eucaristía nos ayuda a crecer en la comunión de la Iglesia. Ese es el sentido de ser ministros, servidores del sacramento de Cristo, en su Iglesia y para su Iglesia. Si en algún momento u ocasión podemos sentirnos más lejanos de la Iglesia (por causa de nuestra vida apostólica, bien porque ella exige una especial cualificación, bien porque se desarrolla en medios o ambientes muy secularizados o de mucha injusticia, donde lo bueno y lo bello parecen difuminarse), entonces podemos encontrar en la Eucaristía una fuente de reconciliación con el corazón de la Iglesia.

La Eucaristía nos descentra de nuestras posiciones, de lo que constituyen nuestros esfuerzos diarios, a veces con mucho esfuerzo personal, para trasladarnos al territorio del servicio. En la Eucaristía somos directos servidores de la Iglesia y de su Señor, que es Jesucristo. Ello nos ayuda a mirar a la Iglesia reconociéndonos en ella, como parte de ella, no fuera, no como quien la mira desde la distancia, y a veces con una distancia crítica, sino como quien se siente dentro de ella reconociendo que la fuerza que la sostiene no es la suma de nuestros esfuerzos, sino la acción del Espíritu. La Iglesia nos desborda a cada uno de nosotros, pero no nos expulsa; nos sobrepasa, pero no nos rechaza; nos incluye, nos constituye en miembros de un cuerpo al que a veces nos resistimos, pero que es capaz de generar la comunión.

## 5. La vida religiosa configura el sacerdocio

Este camino de vuelta es mucho más sencillo, lo recorreremos más frecuentemente. Desde nuestra tradición concreta vamos también configurando nuestro sacerdocio ministerial. El ministro ordenado, cualquier ministro, no es un ser abstracto; es una persona que tiene su historia, su trayectoria personal. De igual modo, no celebra un rito vacío, sino que se implica en lo que celebra, y lo que celebra va también modificando su vida. El religioso se acerca al presbiterio con el bagaje que le aporta su pertenencia a una fraternidad de seguidores del Señor. El religioso ha ido integrándose en su congregación y asumiendo su carisma, tras procesos de formación más o menos largos: estudios, necesarios para el acceso al sacerdocio, y una intensa vida apostólica y comunitaria. Es un complejo entramado de crecimiento espiritual, intelectual y socialización. Todo ello es el bagaje que el religioso lleva consigo cuando llega a la ordenación sacerdotal. Por eso, en el rito de ordenación el Obispo pregunta precisamente a sus superiores por esa capacidad adquirida.

Los religiosos aportan al sacerdocio ministerial su propio carisma, y el carisma se despliega a través de una tradición espiritual, de los compromisos apostólicos que se llevan a cabo y de la vivencia comunitaria de la fraternidad.

Sin duda que la tradición espiritual es el tesoro más rico de cada instituto. Desde el impulso carismático de los fundadores, la tradición espiritual se ha ido enriqueciendo a través del tiempo con discernimientos, opciones, éxitos y fracasos que la han ido configurando hasta la actualidad. El religioso ejerce su ministerio presbiteral desde esta tradición, y ella enriquece y nutre su ministerio. Necesita vivir intensamente desde su carisma vocacional para poder transmitir sinceramente su experiencia de Dios. El presbítero, religioso o no, no puede ser una caja hueca donde resuene la Palabra de Dios, sino un corazón de carne que puede sentir todo el peso de su culpa y también toda la alegría del perdón, para así poder comunicar el amor incondicional de Dios. El ministro no es un ejecutor de un papel asignado, sino un testigo; alguien, por tanto, personalmente afectado. La tradición espiritual de las congregaciones religiosas es un gran patrimonio de la Iglesia que se hace accesible a todos a través del ministerio ordenado.

Los compromisos apostólicos de nuestras congregaciones son otra fuente importante para caracterizar el ministerio del religioso presbítero. Principalmente son obras educativas, sociales o sanitarias; por supuesto, también parroquias. Como instituciones que son, a veces pueden resultarnos más opacas para que estemos presentes en ellas. Además, hoy en día, con la limitación del número de religiosos y religiosas, resulta más complicada la cuestión de su identidad. Sin embargo, es allí adonde se nos envía a ejercer nuestro ministerio. El sacerdocio ministerial debe ayudar aquí al encuentro de las personas con Dios y con la Iglesia. En la práctica, para muchas personas, para muchos jóvenes y sus familias, nuestras instituciones van a ser el único contacto real con la Iglesia. Es más, para muchos no practicantes, no cristianos, o incluso no creyentes, nuestras obras son para ellas casi el único contacto directo con la Iglesia. El ministerio sacerdotal adquiere aquí todavía más esa dimensión de referencia eclesial. Nuestras obras, nuestro ministerio, no son algo paralelo, sino que forman parte, deliberada y deseada, del anuncio de la Iglesia.

La vida en comunidad es uno de los rasgos más definitorios de la vida religiosa. La obediencia no es algo funcional: con ella expresamos la radicalidad de nuestra entrega en el seguimiento del Señor. Nuestra vida en común no puede ser una forma de organización eficaz que supla los aspectos más incómodos de la soledad de los célibes, sino un signo de la fraternidad anunciada por el Señor, celebrada en la Eucaristía y perseguida como anticipación del Reino de Dios. La vida en comunidad, la pertenencia congregacional, sí marcan notablemente nuestro ministerio sacerdotal, porque hay continuidad entre la Eucaristía que celebramos y la opción de vida que hemos hecho. Vivir juntos es signo de la presencia del Reino, y la eucaristía es confirmación de este modo de vivir. Por eso es tan importante la celebración de la eucaristía en nuestras comunidades; celebramos aquello que queremos ser, no por nuestra capacidad, sino por la convocación del Señor.

El sacerdocio y la vida religiosa no son unos desconocidos; al contrario, se conocen muy profunda e íntimamente. Se sostienen y se refuerzan mutuamente, pero también se exigen entre sí. No es posible mantenerse en un estado de conformismo en esta relación: siempre habrá un grado de tensión que ayude a mantener la identidad mutua de «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Co 4,1).

editorial   
**SALTERRAE**



JOSÉ CARLOS BERMEJO  
ROSA MARÍA BELDA

**Cómo educar una  
sexualidad humanizada**

112 págs.  
P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Tanto las personas a las que atendemos como los mismos formadores, educadores y acompañantes, al tocar el tema de la sexualidad, nos encontramos con nosotros mismos, con nuestros sentimientos, capaces de lo mejor y también siervos inútiles. Pero no estamos solos. Jesús de Nazaret nos mostró a un Dios compasivo que nos espera en cada una de estas reflexiones y nos dirige a todos la pregunta: ¿Quieres ver?, ¿quieres curarte?

editorial   
**SALTERRAE**



ANSELM GRÜN

**Vive ahora**

*El arte de envejecer*

200 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 14,90 €

Hacerse mayor es un fenómeno que se produce por sí mismo. Otra cosa es el acierto en la manera de vivir ese fenómeno y *cómo dar con ella*. Conocer el modo de envejecer es uno de los capítulos más difíciles del arte de vivir. Pero podemos aprenderlo, podemos aprender el arte de avanzar en edad de manera saludable. Y es que, en definitiva, no vivimos para permanecer jóvenes, sino para envejecer con dignidad y sabiduría.



# LOS LIBROS

## Recensiones

BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier, *La Compañía del Padre Hoyos. Contexto jesuítico y devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Sal Terrae, Santander 2010, 176 p.

La reciente beatificación del P. Hoyos ha dado lugar a no pocas celebraciones orales y escritas, unas de carácter popular, otras de niveles más especializados. Una confluencia armoniosa de estas dos tendencias aparece en esta biografía, escrita por un gran especialista con una agilidad de estilo que encantará a todos los públicos. Es una biografía bien documentada, como era de esperar de Javier Burrieza, que utiliza con acierto las obras clásicas de la historia y la espiritualidad jesuíticas (Francisco de Isla, Luis de la Puente), de los hagiógrafos barrocos (Pedro de Ribadeneira, Álvaro de Cienfuegos, José Cassani, Alonso de Andrade, M. Ignacio de la Reguera, Juan de Villafañe) y de los primeros propagandistas de la devoción al Corazón de Jesús (Alacoque, Croisset, Gallifet). En el libro se da especial importancia al primer biógrafo de Hoyos (Juan de Loyola), a los pri-

meros propagadores de la devoción corazonista (Pedro de Calatayud, Agustín de Cardaveraz) y al gran estudioso de la misma en el siglo XIX (José Eugenio de Uriarte). Este bagaje informativo se completa con otras fuentes (Constituciones SJ, Ratio Studiorum, MHSI) y documentos de otros archivos. Abundan las citas de la bibliografía más reciente sobre los temas indicados, como la vida del nuevo beato, por Máximo Pérez, y el estudio histórico sobre la devoción al Corazón de Jesús, por Vicente Escandell.

La mayor originalidad del autor, y a nuestro juicio su mayor mérito, consiste en habernos ofrecido un ejemplo de biografía ambiental, como se sugiere en el título completo del libro. El P. Hoyos no queda desenterrado, como es el caso de no pocos santos en algunas de sus biografías, sino que aparece perfectamente incardinado en un contexto histórico

(la Compañía de Jesús de la primera mitad del siglo XVIII, en la que vivió nuestro beato, de 1715 a 1735) y en una devoción, entonces incipiente, que impregnó toda su existencia y dio sentido a toda su vida (el Corazón de Jesús). El encuadre de la persona en su ambiente es siempre un acierto, pero en este caso está más justificado, al tratarse de la vida de un hombre joven sin llamativas aventuras exteriores. Los autores barrocos solían llenar estos vacíos con panoramas celestiales (en el capítulo 2 se ofrecen ejemplos significativos). El autor de *La Compañía del P. Hoyos* encuentra la solución acertada al situarlo en los panoramas culturales y religiosos que rodearon su existencia y nos ayudan a comprender su vida escondida, su espiritualidad y su influencia.

La vida de Bernardo queda contextualizada en doce capítulos. Arranca con un acontecimiento que él no vivió (pues sucedió 32 años después de su muerte), pero que padecieron los compañeros de su juventud: la expulsión de los jesuitas españoles en 1767. Este telón de fondo sirve de contraste para explicar un siglo de esplendores y persecuciones, pues los años de poder de la Compañía, representados por los confesores reales (P. Rávago), se cambiaron desde 1755 en hostilidades sistemáticas. El joven de Torrelabán fue alumno de los colegios de Medina y Madrid; los estudios de latín según la *Ratio Studiorum* nos

permiten saber cómo le enseñaron virtud y letras. La Compañía en la que entró Bernardo era una potencia cultural con espíritu de cuerpo y una conciencia de superioridad que engendró competencias y ataques. El novicio de Villagarcía se encontró con «un mundo al revés», es decir, unas prácticas devocionales y ascéticas que enseñaban la renuncia del mundo bajo la guía de las famosas «Prácticas [del Noviciado] de Villagarcía», los ejemplos de Kostka y Gonzaga, entonces canonizados, y la correspondencia con Cardaveraz, que le inicia en la devoción corazonista. Los estudios de Filosofía y Teología en los colegios de Medina y San Ambrosio de Valladolid maduraron la formación de aquel joven inteligente, pero, sobre todo, le hicieron descubrir la devoción al Corazón de Jesús a través de las lecturas de Gallifet y de la correspondencia con Cardaveraz, que en 1733 pronunciaba en Bilbao el primer sermón sobre aquel culto. El autor resume con acierto el contenido de esta devoción y su introducción en España con el apoyo del rey Felipe V y las predicaciones del P. Calatayud. La promesa «reinaré en España», donde la incipiente devoción era casi desconocida, explica la misión que Bernardo recibe para extender hacia fuera su fervor interior. Ordenado sacerdote en enero de 1735, con sólo 24 años, comenzó en agosto su «tercera probación» en el colegio de San Ignacio de Valladolid, donde murió el 16 de noviembre.

El libro concluye con «las pervivencias hagiográficas de un jesuita». En este capítulo se pasa revista a la fama de santidad y al proceso de beatificación del P. Hoyos, que tuvo sus altibajos. Es justo recordar el mérito que tuvieron en ella los historiadores Juan A. de Uriarte y Eusebio Rey (autor de la *Positio*). La devoción

popular al Corazón de Jesús ha sido, seguramente, la razón más poderosa en la elevación a los altares del nuevo beato. La biografía que nos ha regalado Javier Burrieza nos ayuda a entender mejor la vida de aquel joven, que fue capaz de encender la chispa que ha producido el incendio.

**M. Revuelta González**

NOTKER, Wolf, *Los mandamientos. Provocación y orientación para la vida*, Sal Terrae, Santander 2009, 176 pp.

En el prólogo de su libro, el abad primado de los benedictinos presenta los diez mandamientos como «un hogar en medio de la modernidad y de la post-modernidad, en medio del gran viaje de la humanidad» (p. 9). El libro encabeza los nueve capítulos sobre los mandamientos con una excelente historia del decálogo. Uno de los rasgos más característicos y valiosos del texto es su capacidad para mostrar la gran actualidad de las diez palabras. A lo largo de la historia, los mandamientos han vivido manipulaciones y buenas interpretaciones. Han liberado y dado vida a los hombres que los han interiorizado y vivido de corazón. Cuando han sido mal entendidos, han atado y limitado brutalmente a las personas, impidiendo un feliz desarrollo de su personalidad.

El autor dedica un capítulo a cada mandamiento, juntando los últimos dos en uno solo. La forma de exponer el contenido del manda-

miento ayuda al lector a hacer una interpretación adulta del precepto. Cada palabra de vida es conectada a un acontecimiento de gran actualidad (desde las caricaturas de Mahoma hasta el discurso en Ratisbona de Benedicto XVI, pasando por las relaciones entre ciencia y fe, etc.). De esta forma, el abad benedictino consigue explicar el sentido profundo de la Sagrada Escritura e iluminar algunos de los temas éticos y morales más controvertidos (eutanasia, divorcio, bioética, lucha contra el terrorismo, guerra justa, etc.). El rostro del Dios duro y cruel que manda sin misericordia desaparece delante de un Dios lleno de amor y ternura por los seres humanos. Los mandamientos se manifiestan como lo que son: palabras de vida que quieren ayudar a encontrar a Dios, preservar y difundir una vida verdadera. Ahondando el sentido que el texto tuvo en su contexto, el autor consigue, con acierto, ayudar al lector a entender el

sentido profundo de cada mandamiento. Desde el cuarto mandamiento se hacen muy sugestivas las provocaciones sobre la vida relacional, una manera sana de ofrecer alternativas a un mundo individualista y narcisista. Una pequeña limitación del libro podrían constituirlos algunos de los ejemplos no plenamente comprensibles a un público no alemán (Cf. pp. 73, 113, 135, 137s, 147s).

El autor logra plenamente presentar los mandamientos como orientaciones sencillas, también hoy,

absolutamente comprensibles y actuales (p. 164). Palabras que quieren ayudar al ser humano a canalizar sus impulsos, protegiendo al débil y permitiendo el florido desarrollo de la vida plena. Un camino que puede conducir al hombre moderno a sublimes formas de vivir en libertad. Mandamientos que, lejos de ser fórmulas mágicas, realizan la vida de los que los cumplen poniéndose totalmente en las manos de Dios.

**Narciso Sunda**

GONZÁLEZ BUELTA, B., *Tiempo de crear. Polaridades evangélicas*, Sal Terrae, Santander 2009, 198 pp.

Benjamín González Bueta es jesuita y ha residido en la República Dominicana, donde ha sido maestro de novicios y provincial de la Provincia Antillense, desde 1965 hasta el año 2000, en que se le nombró Superior Regional de Cuba, donde vive actualmente. Persona con gran experiencia pastoral y de inserción en el mundo de los pobres, es conocido como autor de varios libros de espiritualidad. En palabras del autor, el libro que presentamos hoy, *Tiempo de Crear. Polaridades evangélicas*, completaría el camino espiritual iniciado con su conocida obra *Orar en un mundo roto. Tiempo de transfiguración* (Sal Terrae 2002) y, profundizado un paso más, en *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos* (Sal Terrae 2006).

*Tiempo de crear* parece estar centrado en la siguiente premisa, expuesta por su autor: «La creatividad está en el centro mismo de la existencia humana. Somos creados creadores, a imagen y semejanza del Dios creador, que ha puesto el mundo en nuestras manos para que creamos el futuro dialogando con su inspiración y su actividad constantes. Cuando creamos algo nuevo, nos unimos con Dios, nuestra propia originalidad personal se desarrolla y se expresa al traer al mundo el futuro que Dios nos ofrece y crea juntamente con nosotros, empapando nuestra fantasía, nuestra pasión y nuestra acción». Partiendo de esta idea, todo el libro es una invitación a ser creativos y creativas, a crear la novedad del Reino, porque estamos

llamados a reflejar en la acción humana la propia acción de Dios; estamos llamados y llamadas a crear la novedad de Dios que es Jesús. Para poder responder a esta invitación, el autor pone una condición: «para crear la novedad hay que ser novedad».

¿Cómo ser esa novedad? ¿Cómo crear la novedad? En medio de nuestro «mundo desbocado», donde todo cambia rápida y profundamente; en medio de nuestro «mundo roto», donde certezas centenarias se han roto en pedazos; en medio de nuestro «mundo líquido», donde las certezas no sólo se han roto, sino que se mueven rápida y profundamente con una lógica impredecible; en medio de nuestro mundo en transición entre la modernidad y la postmodernidad; en medio de este mundo... la creati-

vidad está relacionada con saber poner en diálogo las dos alas del Espíritu: la utopía y lo germinal, la profecía y la sabiduría, la eficacia y la gratuidad, lo comunitario y lo personal, la ascética y la mística. El momento actual es propicio para crear nuevas síntesis.

Benjamín González Buelta nos llena de esperanza a medida que avanzamos por las páginas de su libro, dándonos pistas que seguro nos ayudaran a armonizar la tensión existente entre los binomios nombrados anteriormente. Según el autor, este diálogo es la condición indispensable para poder vivir en un mundo que está construido sobre múltiples y diferentes fronteras.

**Inmaculada Sánchez García-Muro**  
Congregación Romana de Sto Domingo

PARADA NAVAS, J.L., *Francisco y el respeto a la vida*, PPC, Madrid 2009, 174 pp.

El autor de la obra, José Luis Parada Navas, franciscano menor, es el director del Instituto Superior de Ciencias de la Familia y del Máster de Orientación, Terapia y Mediación Familiar de Murcia, profesor de Moral en el Instituto Teológico de Murcia y en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia «Antonianum» de Roma. Ha publicado, como editor, obras conocidas: *Perspectivas de la familia* (Murcia, 1994) y *Políticas familiares y nuevos tipos de familia* (Murcia, 1999); y, como

autor: *Ética del matrimonio y de la familia* (Murcia, 1999); *Introducción a la teología y moral franciscanas* (Murcia, 2006, 3ª ed.) y *Apuntes de bioética* (2008).

Con *Francisco y el respeto a la vida*, nuestro autor manifiesta cómo la vida es reconocida un valor universal. En nuestras culturas y sociedades crece una sensibilidad y actitud de respeto ante la vida. Pero el ser humano actual no ha alcanzado aún el pleno reconocimiento del valor de la vida humana. El sentido

del contenido de la obra es proponer desde la sencillez franciscana cómo el valor y el respeto de la vida es un valor fundamental en San Francisco de Asís y en toda la familia franciscana.

La obra está dividida en diez capítulos, en los cuales se resaltan diez palabras que resumen el estilo franciscano y el respeto a la vida. Comienza la obra con esta afirmación de la vida desde el franciscanismo: en el centro de la conciencia ética de la humanidad se fundamenta el respeto a la vida humana, a la vida del prójimo, a la vida propia y a los seres creados. La vida es un don de Dios, y el hombre debe reconocer la soberanía y el señorío de Dios, que no le priva de adoptar decisiones responsables sobre la propia vida.

Dios inscribe en la humanidad del ser humano la vocación, la capacidad y la responsabilidad del amor y la comunión. El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano. Para el pensamiento franciscano, la vida es siempre un bien. El bien máspreciado que existe y el fundamento de todos los demás bienes que una persona puede poseer. Proteger la vida humana es un deber que recae sobre toda persona y es condición irremplazable para asegurar el bien común. No hay ninguna diferencia entre ser el dueño del mundo o el último de los miserables de la tierra: ante las exigencias morales, todos somos absolutamente iguales.

En nuestra sociedad existe una enorme serie de agresiones a la vida: ideologías, actitudes y opiniones socialmente extendidas que manifiestan graves negaciones de la vida. Y, dentro de esto, el pensamiento franciscano apuesta por una civilización del amor y de la vida. Lo que caracteriza al hombre es la capacidad de donarse, y no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás. Pero la vida es también un interrogante, un misterio. Lo importante no consiste en acertar siempre en nuestras opciones, sino en estar siempre dispuestos a reemprender la marcha hacia el encuentro con el Dios de la vida.

San Francisco, sencillamente, vive y transmite su experiencia de Dios. La fe en Dios, para el franciscanismo, es eso: una experiencia profunda de vida. En Francisco es la experiencia del contacto con Jesucristo lo que transforma su vida, y así le da un sentido y un conocimiento nuevos a su existencia. Hablamos mucho de la indiferencia religiosa y de la resistencia del ser humano actual a creer en el Dios de la vida, pero no siempre somos conscientes de que, más de una vez, somos los mismos cristianos, con nuestra mediocridad y rutina religiosa, el primer obstáculo para que Dios sea percibido y recibido hoy como el Dios de la vida, como el Sumo Bien.

El testigo franciscano se sitúa en el mundo y en la vida desde una mi-

rada amplia y universal. Vive en la realidad de hoy. Está donde está el ser humano. Sabe que vive en una sociedad marcada por la increencia. Y aunque la fe religiosa está en cri-

sis, sigue viva la «confianza fundamental en la vida». Lo que motiva al testigo franciscano es la experiencia que él mismo vive.

**Belén Rivera Cortés**

MERTON, Thomas, *El Libro de las horas*, Sal Terrae, Santander 2009, 222 pp.

Katheleen Deignan ha recopilado en este libro algunos de los más bellos pasajes del maestro de la contemplación, Thomas Merton, monje trapense y poeta (1915-1968). La editora ha escogido breves pasajes de uno de los mayores autores espirituales de nuestro tiempo y los ha reunido formando una versión contemporánea del *Libro de las Horas*. La obra se estructura en oraciones para los siete días de la semana, agrupadas en cuatro momentos del día: amanecer, mañana, tarde y noche.

Como miembro de la tradición cisterciense, la vida de Thomas Merton consistió en orar con los Salmos. El Salterio es el recurso teológico y litúrgico más revelador que nos ha legado la tradición bíblica. Los Salmos expresan el discurso de fe entre el pueblo de la Alianza y su Dios. También Jesús de Nazaret oraba con el libro hebreo de los Salmos.

Desde el siglo VI, San Benito establece la oración reglada de los monjes. Con el tiempo, y avanzando en la Edad Media, se decidió que los manuales de carácter más devocio-

nal y privado sirvieran para alimentar la oración contemplativa de los laicos cristianos. Es el caso del Libro de las Horas. En el mundo actual no hay tiempo para la tranquilidad y el pensamiento. Hoy vivimos en la era de la aceleración.

Sin embargo, Thomas Merton constató en su vida que el tiempo es la instancia en que Dios sale a nuestro encuentro, ya estemos orando, trabajando, viajando...: en cualquier situación. Él aprendió a descubrir en el silencio que el *ahora* es la estación más cercana a la eternidad, es la antesala de la presencia viva donde se encuentra Dios. A lo largo de sus varias décadas de vida monástica, Merton se convirtió en un hombre «intoxicado por Dios», un derviche de la alabanza. Él decía: «*el paraíso está a nuestro alrededor, y no lo comprendemos*».

En síntesis, este libro es tan solo un medio para que cualquier creyente pueda acercarse al hombre Cristo, el Hombre Nuevo. Es una forma de seguir a Jesucristo siguiendo la exhortación de Pablo «*orar sin inte-*

rrupción» (1 Ts 5,17). Merton nos invita a despertar a nuestro yo contemplativo, a entrar en el tiempo de apertura, el tiempo de la sanación y

de la compasión, el *temps vierge* de la Eternidad.

**Marta Sánchez**

BRIGHENTI, A., *La Iglesia perpleja. A nuevas preguntas, nuevas respuestas*, Editorial PPC, Colección GS, Madrid 2007, 158 pp.

Agenor Brighenti es presbítero y doctor en Teología por la Universidad de Lovaina, licenciado en Filosofía y especialista en Pastoral Social. Además de su tarea como profesor y director del Instituto Teológico de Santa Catarina, también enseña en la Universidad Pontificia de México, en la Unisul y en la Fundación Educacional de Brusque. Además de otras actividades pastorales, es miembro del Instituto Nacional de Pastoral de Brasil.

Las lúcidas reflexiones del autor que figuran en estas páginas provienen de dos fuentes que nacen del encuentro con la realidad: la primera es el resultado de textos elaborados en distintos ámbitos eclesiales y de la sociedad civil que le ayudan a identificar cuestiones reales que afectan a la Iglesia, y la segunda es fruto de su trabajo en el medio académico, lo cual posibilita a lo largo de la obra una formulación más analítica de estas cuestiones en el seno de la teología pastoral. La formulación analítica no evita, por tanto, que el «situarse» teológico sea siempre desde la praxis; como él mismo afirma: «*no menos importante es mi compromiso*

*pastoral en los medios populares, o sea, la presencia y la inserción entre los más pobres*» (p. 9).

A lo largo de los dos primeros capítulos, A. Brighenti nos va situando en el cambio de época en que nos encontramos, con las características propias de imprevisibilidad que colocan a la Iglesia en la confusión. Nos sitúa en *esta innegable época de crisis en el ámbito social y eclesial, crisis de Modernidad y «vaticinidad»* (p. 6), invitando permanentemente a vivirla como «*época de transición, tiempo pascual. Síntomas de caducidad de maneras de ser, relativas a la precariedad del presente, aluden a la posibilidad de nuevas síntesis con perspectiva de futuro*» (p. 94).

La tercera parte, en conjunto, nos invita a «retornar» al espíritu del Vaticano II para hacer de la historia un verdadero *locus theologicus*, lugar privilegiado para descubrir nuevos «signos de los tiempos» en los distintos contextos. De ahí surgen nuevas preguntas que necesitan nuevas respuestas; identificar las preguntas para explicitar facetas de la revelación desconocidas es la gran propuesta de esta obra.



Y en la cuarta parte invita a reconocer los grandes desafíos que nacen de los nuevos signos de los tiempos: *el desafío de la nueva racionalidad, el desafío del creciente mundo de la insignificancia con los nuevos rostros de pobres y el desafío del pluralismo, tanto cultural como religioso*. Por tanto, estos nuevos desafíos apuntan a nuevas respuestas de cara a un replanteamiento de la misión evangelizadora.

La obra es toda una invitación a no quedarnos inmóviles en medio de

la opacidad de la historia, reconociendo caminos nuevos, fieles a la realidad presente sin dejar de serlo a la experiencia originaria.

Quizás es tiempo de sumergirnos en obras como esta, que nos invitan a los cristianos a renovarnos permanentemente bajo el dinamismo del Espíritu. E igualmente recordar y poner en práctica, como adelantó Rahner, la llamada «*reforma estructural de la Iglesia*».

**Sofía Quintáns Bouzada, FMMDP**

DANNEELS, G., *Esperar. La sociedad deprimida*, San Pablo, Madrid 2007, 80 páginas.

El arzobispo de Malinas y cardenal, teólogo y pastor probado, nos regala ahora con esta reflexión sobre el contenido del verbo «esperar» para los hombres y mujeres de hoy, que, tal y como reza el título, hemos de habérselas con una «sociedad deprimida». Nos encontramos ante un folleto de pocas –y pequeñas– páginas que condensan, sin embargo, una reflexión de hondo calado sobre una actitud básica en la existencia humana, tanto a nivel personal como social. Las características de la obra permiten sólo un escueto tratamiento, pero el autor demuestra la habilidad suficiente para decir más en lo que apunta que en lo que desarrolla: frases cortas sirven a cada paso para sujetarnos al silencio, a la reflexión, al examen, al análisis social e incluso la meditación. Pocos autores lo

logran, y encontrarlos supone un gran hallazgo.

El libro comienza afirmando que, en nuestro tiempo, «la esperanza es realmente como una “niña” que tiene problemas de crecimiento» (p. 7) y a la que difícilmente se da respuesta con facilidad (pp. 8ss). A continuación, el cardenal Danneels desarrolla su reflexión recurriendo a una distribución en cinco breves capítulos: *El paisaje*, donde plantea el problema y describe los rasgos que revelan nuestra sociedad depresiva o desesperanzada. *Fuegos fatuos* es la expresión con la que, en el segundo apartado, señala los caminos recorridos para salir de prisa de tantos modos de sinsentido (fármacos, drogas, alcohol, compensaciones corporales, sectas, sueños...).

En *Caminar al paso decidido de la esperanza*, capítulo tercero, sitúa

la esperanza en el horizonte bíblico, auténtica «escuela de esperanza», presentándose a un Dios de la promesas que promete cosas, pero siempre hay un *más* que insta a la persona a vivir en confianza y a aprender a permanecer. Patriarcas y profetas se erigen en testigos de la esperanza sostenida contra toda esperanza y que culmina en la resurrección de Jesucristo.

*Sugerencias para el recorrido* indica, a continuación, en qué consiste lo que podríamos llamar la «praxis» de la esperanza, los componentes de una «espiritualidad de la esperanza» que articula en la relación dinámica entre la fe-fidelidad y la caridad-solidaridad.

Por último, en *Un libro para consolar en tiempos difíciles* el cardenal Danneels invita, como Jesús,

como la Sagrada Escritura, a vivir esperanzados aun en el «¿inevitable?— entorno de sufrimiento y «persecución». Para ello ofrece —con sabiduría— unas claves de lectura para acercarse al libro del Apocalipsis, «*vademecum* ideal para tiempos de depresión» (p. 58), centrándose en la imagen del «frágil Cordero» (cf. p. 62) y en los oráculos a las Siete Iglesias que, como se especifica, «siguen existiendo» (cf. p. 71). Concluye el capítulo, y la obra, apuntando al mártir como el «icono de la esperanza», aquel que refleja la luz de la esperanza, con lo que, en cierto modo, se cierra circularmente una obra que abría su primera página con Ef 1,18: «Que ilumine los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza de su llamada».

**M<sup>a</sup> Ángeles Gómez-Limón**

LLAMAS VELA, A., *Acogemos tu Palabra. Adviento-Navidad día a día*, Paulinas, Madrid 2005, 234 pp.

Con gran acierto, sale a la luz este libro cuando apenas quedan unas semanas para el inicio del nuevo año litúrgico. Efectivamente, tal como el título indica, Antonio Llamas presenta en este caso una obra que consiste en un comentario a las lecturas de cada día desde que comienza al Adviento hasta el final del tiempo de Navidad.

El autor es profesor de Escritura en el Seminario Diocesano de Córdoba y, junto a esta actividad docen-

te, está dedicado a la formación bíblica de comunidades parroquiales y de otros grupos a los que ayuda mediante conferencias, cursos y la publicación de diversos materiales de apoyo y profundización sobre estos temas.

La estructura de la obra sigue la organización del tiempo de Adviento-Navidad y sistematiza la propuesta de reflexión de cada día en torno a tres títulos: *Lectura, Meditación y Oración*. Bajo el primero de estos epígra-

fes se hace un comentario a los textos de la misa del día; en la *Meditación* se invita a hacer una aplicación a la propia vida, reflexión personal, revisión; y, finalmente, con una breve *Oración* se quiere culminar un proceso que tiene como referente –muy adaptado– la *Lectio Divina*.

Son señalados los valores de la propuesta que nos hace el autor. Ciertamente, en muchas comunidades cristianas se agradece este tipo de materiales que ayudan a vivir mejor la liturgia diaria y dominical. La sencillez de su estructura y el estilo de los textos hace que su uso no plantee dificultades especiales y esté al alcance de un público muy amplio. Además, es una invitación a vivir el Adviento y la Navidad desde la escucha de la Palabra, haciendo camino con ella y a través de ella.

Tal y como hemos señalado más arriba, es evidente –y además se especifica en la introducción– que se busca seguir el clásico método oracional de la *Lectio Divina*, pero su adaptación es tal que se difumina en exceso la clásica propuesta de metodología orante. Habría sido de interés que se hubieran añadido algunas indicaciones para hacer camino de oración personal o comunitaria apoyada en el itinerario que se propone.

En síntesis, podemos agradecer tanto al autor como a la editorial la oferta de este libro, que llega oportunamente cuando estamos a las puertas del nuevo año litúrgico y es deseo generalizado disponer de ayudas para la oración personal y la animación de nuestras celebraciones.

**M<sup>a</sup> Ángeles Gómez-Limón**

editorial   
**SALTERRAE**



TERRY HERSHEY

**El poder de la pausa**

*Cómo ser más  
haciendo menos*

248 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 22,15 €

¿Alguna vez has aceptado una responsabilidad cuando sabías que la única respuesta saludable era un «no»? ¿Alguna vez has querido hacer una pausa para poder ver la huella de Dios en los acontecimientos cotidianos? Si es así, *El poder de la pausa* está escrito para ti. Te ayudará a desarrollar la capacidad de hacer menos y a descubrir que de ese modo, sorprendentemente, podrás ser más y hacerte más presente en tu vida y en la vida de los que amas.

# ÍNDICE GENERAL. TOMO 98 / 2010

## 1. ÍNDICE GENERAL POR AUTORES

AGÚNDEZ AGÚNDEZ, M., *La generación intermedia y la Iglesia. Apuntes para un discernimiento*, enero, 37-49.

ALEIXANDRE PARRA, D., *Polillas, ladrones y tesoros. Avisos y cautelas para tiempos de retirada*, enero, 63-71.

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Penetrar en lo real para vivir desde dentro*, diciembre, 925-936

CAGIGAL DE GREGORIO, V., «*Hasta que la muerte nos separe*». *La violencia de género*, abril, 323-335.

CALLEJA SÁENZ DE NAVARRETE, J.I., *La reconciliación de la Iglesia con la sociedad moderna (En el mundo como hermana)*, febrero, 157-169.

CAÑÓN LOYES, C., *Cristianos en el ejercicio del poder político*, octubre, 769-780.

CASTELAO, P., *El ser humano como «unidad multidimensional». Más allá de la oposición «cuerpo y alma»*, mayo, 395-408.

CASTELLANOS FRANCO, N., *Diálogo de la Iglesia sobre sí misma*, febrero, 129-141.

CORDOVILLA PÉREZ, A., *El sacerdote y la formación intelectual*, junio, 543-554.

DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), «*Sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas*» (Mc 6,34), marzo, 259-262.

— «*... desde el suelo levanté la voz y grité desde las puertas del abismo*» (Eclo 51,9), junio, 539-542.

— *La migración excluida de todo derecho: «destitución»*, octubre, 805-808.

- *El foro social de las migraciones de Quito, una experiencia de trabajo en red*, diciembre, 975-978
- DI LUCCIO, P., *Embarazos en la Biblia hebrea y en el Nuevo Testamento*, noviembre, 859-869.
- DOMÍNGUEZ MORANO, C., *Miedos para vivir o malvivir*, septiembre, 669-681.
- ESPAÑA SÁNCHEZ, A., *Identidad sacerdotal. Relación traspasada por Dios*, mayo, 433-444.
- FUNDACIÓN «ALBOÁN», *Zapatero y la agenda europea de cooperación*, febrero, 171-174.
- *La coherencia entre políticas de desarrollo y migraciones*, abril, 349-352.
- *¿Otras formas de «desarrollo» son posibles?*, septiembre, 723-726.
- *ODM 2015: ¿aprovecharemos esta oportunidad?*, noviembre, 895-897.
- FUNDACIÓN «MIGRA-STUDIUM», *Creando puentes de encuentro y diálogo*, julio-agosto, 627-629.
- GALÁN GONZÁLEZ-SERNA, J. M., *Cuidar y acompañar en el sufrimiento*, julio-agosto, 613-626.
- GARCÍA, J. A., *Esa eterna desconocida: la voluntad de Dios*, junio, 507-518.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *Tipologías del miedo en la Sagrada Escritura*, septiembre, 683-693.
- GARCÍA JIMÉNEZ, J. I., *Sacerdocio y vida religiosa*, diciembre, 979-990
- GARCÍA PAREDES, J. C. R., *Devoción a María y buena pastoral sobre María*, noviembre, 845-857.
- GARCÍA-MINA FREIRE, A., *La mitad de la vida. «Tesoro en vasijas de barro»*, enero, 7-21.
- *La categoría «género»: historia de una necesidad*, abril, 307-321.
- GIL DE VERGARA, L. E., *En la salud y en la enfermedad*, mayo, 421-432.
- GISMERO, E., *El cuidado del cuerpo. En la sociedad contemporánea*, mayo, 381-393.
- GÓMEZ SERRANO, P.J., *El miedo en la Iglesia hoy*, septiembre, 695-709.
- GONZÁLEZ MORÁN, L., *La eutanasia. Aspectos jurídicos: ¿despenalizar la eutanasia?*, julio-agosto, 573-586.
- GUERRERO RODRÍGUEZ, P., *¿Funcionario de una sociedad perfecta o servidor de la comunión? El sacerdote y el poder*, marzo, 263-277.

- GUEVARA LLAGUNO, J., *Sigue como Dios: Todopoderoso. De todos los poderes de Dios al «todo-poder» de Dios*, octubre, 793-804.
- HEVIA COLOMAR, P., *La soledad... Donde la vida resuena*, diciembre, 961-973
- IGEA ARISQUETA, F. – GONZÁLEZ PARRA, M., *El arte de decidir en pareja*, junio, 495-505.
- LÁZARO PÉREZ, S., *Celebrar lo que vivimos, vivir lo que celebramos. Cuando la eucaristía y la vida se encuentran y apoyan mutuamente*, marzo, 233-245.
- LÓPEZ, M., *Cantando vienen con alegría*, marzo, 247-257.
- LÓPEZ GUZMÁN, M. D., *Activar el «nosotros». Sacerdocio e igualdad*, octubre, 809-820.
- LÓPEZ GUZMÁN, M. D. - BURGUEÑO MUÑOZ, J. M., *Lo que la Navidad esconde*, diciembre, 949-960
- LÓPEZ VILLANUEVA, M., *Orar con el cuerpo y recibir el cuerpo*, mayo, 409-419.
- MADRIGAL TERRAZAS, S., *El «aggiornamento», clave teológica para la interpretación del Concilio*, febrero, 111-127.
- MARTÍNEZ, J. L., «*Caritas in veritate*». *El desarrollo humano integral en tiempo de globalización y de crisis*, enero, 73-92.
- MARTÍNEZ OLIVERAS, C., *La Iglesia dialoga con las otras iglesias. El diálogo: clave conciliar para las relaciones ecuménicas*, febrero, 143-156.
- MEANA, R., *Vivir en plenitud. Reflexiones en torno a la conformación de la afectividad del sacerdote*, julio-agosto, 631-643.
- MOLINA, D. M., *El poder en la Iglesia*, octubre, 781-792.
- REYES RASERO, R. DE LOS, «*Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén*» (*Sal 122,2*), julio-agosto, 645-652.
- RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J. M., *La hora de los indecisos*, junio, 485-494.
- *¡Qué suerte tú, que lo tienes todo claro! El sacerdote y sus dudas*, septiembre, 727-735.
- *Nosotros, los poderosos...*, octubre, 757-767.
- RODRÍGUEZ PANIZO, P., *El miedo como inmoralidad*, septiembre, 711-721.
- *María en el dogma*, noviembre, 833-893.
- RUBIO FERNÁNDEZ, J., *El sacerdote y sus modelos*, abril, 353-364.
- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, M. L., *Mariología en imágenes: algunos apuntes iconográficos*, noviembre, 871-882.

- SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., «*Yo no soy*». *Sólo soy representación del que sí es. El sacerdocio de Jesús en el NT*, febrero, 175-186.  
 — *Vivir por fuera... sin olvidarse de vivir por dentro*, diciembre, 937-947.
- SOLER GIMÉNEZ, I., *Recuperar la palabra desde abajo*, abril, 337-348.
- TORAÑO FERNÁNDEZ, A., *Para sentir y gustar internamente la liturgia*, marzo, 219-231.
- TORRE DÍAZ, F. J. DE LA, *El magisterio moral de la Iglesia dentro de una eclesiología de comunión*, mayo, 447-478.  
 — *La eutanasia. Razones y argumentos para un debate*, julio-agosto, 601-612.
- TORRES, P., *Red de apoyo «Ferrocarril Clandestino»*, junio, 531-537.
- URIASTE, J. M., *Servidores de la comunidad*, noviembre, 899-908.
- VALERO, U., «*Yo di paso a la generación intermedia*», enero, 51-62.  
 — *Discernir para decidir en la Vida Religiosa*, junio, 519-530.
- VELASCO, J. M. DE, *La tradición moral católica en torno a la eutanasia*, julio-agosto, 587-599.
- VIDAL FERNÁNDEZ, F., *La virtud de la generación intermedia en la arena pública*, enero, 23-35.  
 — *Igual de únicos. Un paradigma filial de igualdad*, abril, 293-305.
- VILARASSAU ALSINA, M., *Liturgia y compromiso*, marzo, 205-217.
- ZUDAIRE, J., *La visita a Loyola*, octubre, 821-826.

## 2. ÍNDICE GENERAL POR SECCIONES Y MATERIAS

### 2.1. ESTUDIOS

#### 2.1.1. Análisis psico-social y religioso

- ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Penetrar en lo real para vivir desde dentro*, diciembre, 925-936
- CAGIGAL DE GREGORIO, V., «*Hasta que la muerte nos separe*». *La violencia de género*, abril, 323-335.
- CAÑÓN LOYES, C., *Cristianos en el ejercicio del poder político*, octubre, 769-780.
- DOMÍNGUEZ MORANO, C., *Miedos para vivir o malvivir*, septiembre, 669-681.



- GALÁN GONZÁLEZ-SERNA, J. M., *Cuidar y acompañar en el sufrimiento*, julio-agosto, 613-626.
- GARCÍA-MINA FREIRE, A., *La mitad de la vida. «Tesoro en vasijas de barro»*, enero, 7-21.
- *La categoría «género»: historia de una necesidad*, abril, 307-321.
- GISMERO, E., *El cuidado del cuerpo. En la sociedad contemporánea*, mayo, 381-393.
- GONZÁLEZ MORÁN, L., *La eutanasia. Aspectos jurídicos: ¿despenalizar la eutanasia?*, julio-agosto, 573-586.
- IGEA ARISQUETA, F. – GONZÁLEZ PARRA, M., *El arte de decidir en pareja*, junio, 495-505.
- LÓPEZ, M., *Cantando vienen con alegría*, marzo, 247-257.
- RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J. M., *La hora de los indecisos*, junio, 485-494.
- *Nosotros, los poderosos...*, octubre, 757-767.
- VALERO, U., «Yo di paso a la generación intermedia», enero, 51-62.
- VIDAL FERNÁNDEZ, F., *La virtud de la generación intermedia en la arena pública*, enero, 23-35.
- *Igual de únicos. Un paradigma filial de igualdad*, abril, 293-305.
- ZUDAIRE, J., *La visita a Loyola*, octubre, 821-826.

## 2.1.2. Espiritualidad

- ALEIXANDRE PARRA, D., *Polillas, ladrones y tesoros. Avisos y cautelas para tiempos de retirada*, enero, 63-71.
- GARCÍA, J. A., *Esa eterna desconocida: la voluntad de Dios*, junio, 507-518.
- GIL DE VERGARA, L. E., *En la salud y en la enfermedad*, mayo, 421-432.
- HEVIA COLOMAR, P., *La soledad... Donde la vida resuena*, diciembre, 961-973
- LÁZARO PÉREZ, S., *Celebrar lo que vivimos, vivir lo que celebramos. Cuando la eucaristía y la vida se encuentran y apoyan mutuamente*, marzo, 233-245.
- LÓPEZ GUZMÁN, M. D., - BURGUEÑO MUÑOZ, J. M., *Lo que la Navidad esconde*, diciembre, 949-960.
- LÓPEZ VILLANUEVA, M., *Orar con el cuerpo y recibir el cuerpo*, mayo, 409-419.

- REYES RASERO, R. DE LOS, «*Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén (Sal 122,2)*», julio-agosto, 645-652.
- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, M. L., *Mariología en imágenes: algunos apuntes iconográficos*, noviembre, 871-882.
- SOLER GIMÉNEZ, I., *Recuperar la palabra desde abajo*, abril, 337-348.
- TORAÑO FERNÁNDEZ, A., *Para sentir y gustar internamente la liturgia*, marzo, 219-231.
- VALERO, U., *Discernir para decidir en la Vida Religiosa*, junio, 519-530.

### 2.1.3. Iglesia

- AGÚNDEZ AGÚNDEZ, M., *La generación intermedia y la Iglesia. Apuntes para un discernimiento*, enero, 37-49.
- CALLEJA SÁENZ DE NAVARRETE, J.I., *La reconciliación de la Iglesia con la sociedad moderna (En el mundo como hermana)*, febrero, 157-169.
- CASTELLANOS FRANCO, N., *Diálogo de la Iglesia sobre sí misma*, febrero, 129-141.
- GÓMEZ SERRANO, P.J., *El miedo en la Iglesia hoy*, septiembre, 695-709.
- MADRIGAL TERRAZAS, S., *El «aggiornamento», clave teológica para la interpretación del Concilio*, febrero, 111-127.
- MARTÍNEZ OLIVERAS, C., *La Iglesia dialoga con las otras iglesias. El diálogo: clave conciliar para las relaciones ecuménicas*, febrero, 143-156.
- MOLINA, D. M., *El poder en la Iglesia*, octubre, 781-792.

### 2.1.4. Teología

- CASTELAO, P., *El ser humano como «unidad multidimensional». Más allá de la oposición «cuerpo y alma»*, mayo, 395-408.
- DI LUCCIO, P., *Embarazos en la Biblia hebrea y en el Nuevo Testamento*, noviembre, 859-869.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *Tipologías del miedo en la Sagrada Escritura*, septiembre, 683-693.
- GARCÍA PAREDES, J. C. R., *Devoción a María y buena pastoral sobre María*, noviembre, 845-857.

- GUEVARA LLAGUNO, J., *Sigue como Dios: Todopoderoso. De todos los poderes de Dios al «todo-poder» de Dios*, octubre, 793-804.
- MARTÍNEZ, J. L., «*Caritas in veritate*». *El desarrollo humano integral en tiempo de globalización y de crisis*, enero, 73-92.
- RODRÍGUEZ PANIZO, P., *El miedo como inmoralidad*, septiembre, 711-721.
- *María en el dogma*, noviembre, 833-893.
- SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Vivir por fuera... sin olvidarse de vivir por dentro*, diciembre, 937-947
- TORRE DÍAZ, F. J. DE LA, *El magisterio moral de la Iglesia dentro de una eclesiología de comunión*, mayo, 447-478.
- *La eutanasia. Razones y argumentos para un debate*, julio-agosto, 601-612.
- VELASCO, J. M. DE, *La tradición moral católica en torno a la eutanasia*, julio-agosto, 587-599.
- VILARASSAU ALSINA, M., *Liturgia y compromiso*, marzo, 205-217.

## 2.2. RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), «*Sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas*» (Mc 6,34), marzo, 259-262.
- «... desde el suelo levanté la voz y grité desde las puertas del abismo» (Eclo 51,9), junio, 539-542.
- *La migración excluida de todo derecho: «destitución»*, octubre, 805-808.
- *El foro social de las migraciones de Quito, una experiencia de trabajo en red*, diciembre, 975-978.
- FUNDACIÓN «ALBOÁN», *Zapatero y la agenda europea de cooperación*, febrero, 171-174.
- *La coherencia entre políticas de desarrollo y migraciones*, abril, 349-352.
- *¿Otras formas de «desarrollo» son posibles?*, septiembre, 723-726.
- *ODM 2015: ¿aprovecharemos esta oportunidad?*, noviembre, 895-897.

- FUNDACIÓN «MIGRA-STUDIUM», *Creando puentes de encuentro y diálogo*, julio-agosto, 627-629.  
TORRES, P., *Red de apoyo «Ferrocarril Clandestino»*, junio, 531-537.

### 2.3. EL SACERDOTE Y...

- CORDOVILLA PÉREZ, A., *El sacerdote y la formación intelectual*, junio, 543-554.  
ESPAÑA SÁNCHEZ, A., *Identidad sacerdotal. Relación traspasada por Dios*, mayo, 433-444.  
GARCÍA JIMÉNEZ, J. I., *Sacerdocio y vida religiosa*, diciembre, 979-990  
GUERRERO RODRÍGUEZ, P., *¿Funcionario de una sociedad perfecta o servidor de la comunión? El sacerdote y el poder*, marzo, 263-277.  
LÓPEZ GUZMÁN, M. D., *Activar el «nosotros». Sacerdocio e igualdad*, octubre, 809-820.  
MEANA, R., *Vivir en plenitud. Reflexiones en torno a la conformación de la afectividad del sacerdote*, julio-agosto, 631-643.  
RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J. M., *¿Qué suerte tú, que lo tienes todo claro! El sacerdote y sus dudas*, septiembre, 727-735.  
RUBIO FERNÁNDEZ, J., *El sacerdote y sus modelos*, abril, 353-364.  
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *«Yo no soy». Sólo soy representación del que sí es. El sacerdocio de Jesús en el NT*, febrero, 175-186.  
URIASTE, J. M., *Servidores de la comunidad*, noviembre, 899-908.

### 2.4. RECENSIONES

- ALEIXANDRE, D., *La hendidura de la roca. Variaciones sobre el Cantar de los Cantares*, noviembre, 909-910.  
ALONSO, L. G., *El colgado*, abril, 369-370.  
BASTANTE LIÉBANA, J., *El Padre Ángel, mensajeros de la Paz. La heroica lucha de un hombre contra la pobreza y la injusticia*, enero, 97-98.  
BEA, E. (ed.), *Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza*, Julio-agosto, 659-661.  
BERMEJO, J. C. – ÁLVAREZ, F. (dirs.), *Pastoral de la Salud y Bioética*, abril, 372.

- BERNABÉ UBIETA, C. (ed.), *Mujeres con autoridad en el cristianismo antiguo*, marzo, 284-285.
- BOTELLA CUBELLS, V., *Sacramento. Una noción cristiana fundamental*, enero, 101-102.
- BRIGHTENTI, A., *La Iglesia perpleja. A nuevas preguntas, nuevas respuestas*, diciembre, 1000-1001.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., *La Compañía del Padre Hoyos. Contexto jesuítico y devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, diciembre, 993-995.
- CARRETTO, C., *Escritos esenciales* (Introducción y edición de Robert Ellsberg), febrero, 194.
- CASTRO MIRAMONTES, F. J., *Alter Christus*, marzo, 283-284.
- CEBOLLADA, P. (ed.), *Experiencia y misterio de Dios*, abril, 370-371.
- CENCINI, A., *La verdad de la vida. Formación continua de la mente creyente*, septiembre, 742-743.
- CHITTISTER, J., *Los diez mandamientos. Leyes del corazón*, marzo, 281-283.
- COMES IGLESIA, V. (dir.), *Cuidados y consuelos. Cien años de Fontilles*, junio, 563-565.
- COROMINAS, J. – VICENS, J. A., *Conversaciones sobre Xavier Zubiri*, octubre, 830-832.
- COURONNE, B., *Vida del Padre Damián*, febrero, 195-196.
- DALAI LAMA, *Escritos esenciales* (Introducción y edición de Thomas A. Forsthoefel), enero, 99-100.
- DANNEELS, G., *Esperar. La sociedad deprimida*, diciembre, 1001-1002.
- GARCÍA MUÑOZ, F., *Benedicta de la Cruz. Edith Stein, signo de contradicción*, noviembre, 917-918.
- GELABERT BALLESTER, M., *Crear. Sólo en Dios*, febrero, 191-192.
- GONZÁLEZ BUELTA, B., *Tiempo de crear. Polaridades evangélicas*, diciembre, 996-997.
- GONZÁLEZ VALLÉS, C., *Vales más de lo que piensas. Los principios de la autoestima*, febrero, 193.
- GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *El Padrenuestro explicado con sencillez*, enero, 95-96.
- KÜNG, H., *Verdad controvertida. Memorias*, febrero, 187-189.
- LABAJOS, SJ, A., «A tu modo». *Canciones Ignacianas*, julio-agosto, 658-659.

- LANCELOT, J., *El Padrenuestro. Reflexionado y meditado*, marzo, 285-286.
- LECLERC, É., *San Francisco de Asís. Exilio y ternura*, septiembre, 746-747.
- LLAMAS VELA, A., *Acogemos tu Palabra. Adviento-Navidad día a día*, diciembre, 1002-1003.
- LÓPEZ, M., *Deseos*, octubre, 832-838.
- LUCCHETTI BINGEMER, M. C., *Simone Weil. La fuerza y la debilidad del amor*, junio, 561-563.
- MARTÍN VELASCO, J., *Orar para vivir. Invitación a la práctica de la oración*, septiembre, 744-746.
- MARTINI, C. M., *El evangelio de María*, abril, 373-374.
- *Las alas de la libertad. El hombre que busca y la decisión de creer*, octubre, 829-830.
- MERINO, J. A., *Francisco de Asís y la ecología*, noviembre, 915-916.
- MERTON, T., *El Libro de las horas*, diciembre, 999-1000.
- MODENA, D., *Carlo Maria Martini. Magisterio teológico, pastoral y espiritual*, abril, 374-375.
- NOLAN, A., *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, julio-agosto, 661-663.
- NOTKER, W., *Los mandamientos. Provocación y orientación para la vida*, diciembre, 995-996.
- NUEVE Y CUARTO, *Esencia de todo. Cánticos de espiritualidad ignaciana*, septiembre, 737-739.
- OTÓN CATALÁN, J., *Historias y personajes. Un recorrido por la Biblia*, julio-agosto, 655-656.
- PAOLI, A., *Las Bienaventuranzas. Un estilo de vida*, noviembre, 918-919.
- PARADA NAVAS, J.L., *Francisco y el respeto a la vida*, diciembre, 997-999.
- PÉREZ TRIPIANA, A. – SOBRINO LÓPEZ, M<sup>a</sup> A., *Jesús en el Museo del Prado*, febrero, 189-191.
- RAMIÓ JOBRE, A. (coord.), *Necesidades espirituales de las personas enfermas en la última etapa de sus vidas*, enero, 102-103.
- RIBADENEIRA, SJ, P. DE, *Confesiones. Autobiografía documentada*. Edición y selección de documentos por Miguel Lop Sebastíá, SJ, julio-agosto, 653-655.
- RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J. M., *En Compañía de Jesús. Los jesuitas*, junio, 565-566.

- RUBIO, J., *En Memoria Mía. Fragmentos de la vida de un cura*, abril, 365-368.
- *Juan de Ávila. Un apóstol en camino*, noviembre, 910-912.
- RUTA, G., *Cómo programar la catequesis. Teoría y práctica de la programación para los catequistas*, febrero, 196-197.
- SALTO SÁNCHEZ DEL CORRAL, A., *La dignidad humana. Dignidad de la mujer*, marzo, 286-288.
- SANZ DE DIEGO, R., *ICAI: 1908-2008: Lo que fuimos, lo que somos*, enero, 93-95.
- SCOTT, M., *La eucaristía y la justicia social*, noviembre, 912-913.
- SEQUERI, P. A., *Sacramentos, signos de gracia. Itinerario para redescubrirlos*, noviembre, 914.
- SERVAIS, J., *Hans Urs von Balthasar. Textos de Ejercicios Espirituales*, marzo, 279-281.
- UDÍAS VALLINA, A., *Ciencia y religión. Dos visiones del mundo*, junio, 557-561.
- URIARTE, J. M. - CORDOVILLA, A. - FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M., *Ser sacerdote en la cultura actual*, julio-agosto, 656-658.
- VÁZQUEZ BORAU, J. L., *El camino espiritual de Carlos de Foucauld*, septiembre, 739-740.

